

234
legajo 4
letra 2

5919

EL TEATRO,

SECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

LA JOTA

ARAGONESA,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. ANTONIO HURTADO,

Y

D. GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

SEGUNDA EDICION.

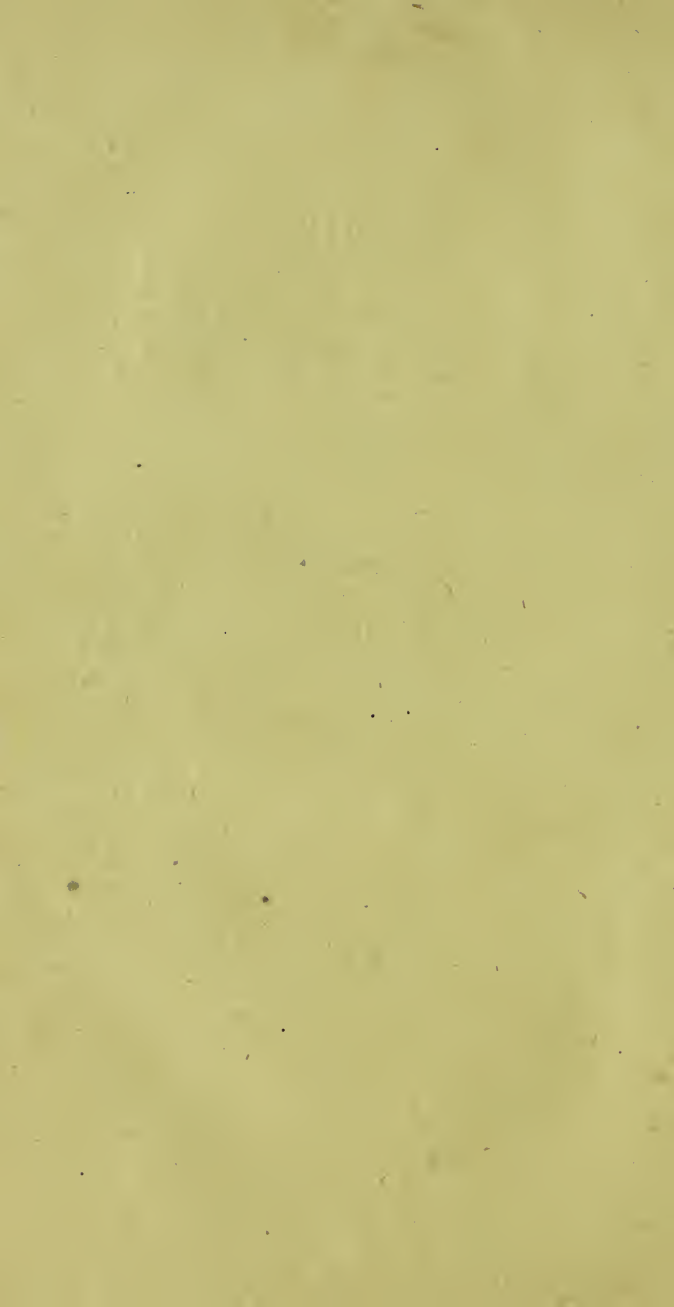
MADRID.

ALONSO GULLON, EDITOR.

PEZ, 40,-2.º

—
1873.

Q



LA JOTA ARAGONESA.



Digitized by the Internet Archive
in 2013

LA JOTA ARAGONESA,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON ANTONIO HURTADO

Y

D. GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

Representado en el Teatro de la Zarzuela el día 23 de Diciembre
de 1866.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1873.

PERSONAJES.

ACTORES.

DOÑA CÁRMEN ARTAL.....	D. ^a MATILDE DIEZ.
PILAR DE LIZANA.....	D. ^a TEODORA LAMADRID.
PABLO DE LIZANA.....	D. MANUEL CATALINA.
EL SEÑOR CEREZO, labrador...	D. FRANCISCO OLTRA.
JUAN QUIÑONES, sargento.....	D. EMILIO MARIO.
LUIS URGEL, primo y prometido de Pilar.....	D. JUAN CASAÑER.
MARTIN DE LIZANA.....	D. MANUEL PASTRANA.
PEDRO ARTÉS, contrabandista...	D. AGUSTIN MÓSTOLES.
COLÁS, mozo de la quinta.....	D. MANUEL STESO.
UN ARAAGONÉS.....	D. RAMON MENOR.

Soldados y pueblo.

El primer acto en las cercanías de Zaragoza; el segundo
y tercero en Zaragoza: 1808.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Dramática y Lírica, titulada el Teatro, de DON ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL SEÑOR DON MANUEL CATALINA.

Querido amigo: Nos has pedido una obra para solemnizar las fiestas de Navidad, y te enviamos *La Jota aragonesa*.

¿Qué nos hemos propuesto al escribirla? Hacer posible el género patriótico, sin descender jamás á los recursos que inventa la *patriotería* para excitar el entusiasmo de la multitud. Al efecto hemos encerrado el asunto en los estrechos límites de la *familia*, dentro de la cual se desarrolla y robustece el sentimiento de la *patria*.

¿Qué procuramos demostrar? La grandeza y el respeto que alcanzan los pueblos cuando se inspiran en el sentimiento de su dignidad.

No encontrarás en la obra alardes en pró de nuestro valor ni en mengua del enemigo, que tanta mayor es la gloria del vencedor, cuanto ménos se vitupera al adversario.

Quizás los críticos nos acusen de haber buscado estímulos para el aplauso en el sentimiento de nuestra nacionalidad. Que digan lo que gusten. Entre ofrecerte un cuadro de nuestras costumbres actuales, ó exponerte las miserias de nuestra historia contemporánea, hemos preferido darte la *Jota aragonesa*.

Acepta la dedicatoria en testimonio de nuestra amistad.

Antonio Hurtado.

G. Nuñez de Arce.

Bienes venidos. Hay que tener!

ventid! eres hermosa

! impertinencia mujer!

eres y tes llamada rosas luna

que me no
se en presencia se puede ver.

107
1.ª

Apunte

Antonio J. J.

ACTO PRIMERO.

Habitacion de una casa de campo en las inmediaciones de Zaragoza. Esta habitacion, que se supone dar á un terrado, cuya balaustrada se ve en segundo término, coronada de tiestos de flores, estará compartida por tres grandes arcos: los dos laterales cerrados con barrotes de hierro entrelazados de enredaderas: el del centro con verja practicable al fondo. Á la izquierda del espectador, entre la verja y la balaustrada del terrado, se supone una escalinata por donde ingresan en la escena los actores.

Dentro de la habitacion, en primer término y á la izquierda del espectador, ventana que da al campo. Á la derecha puertas que conducen á las habitaciones altas. En uno de los huecos del fondo, una imagen de la Virgen del Pilar con escapularios y votos colgados en la pared. Muebles rústicos, pero que revelen el gusto y la esplendidez de los dueños de la quinta.

Al abrirse la escena, Doña Cármen y Pilar procuran detener á D. Pablo, que está en actitud de salir.

ESCENA PRIMERA.

D. PABLO, DOÑA CÁRMEN y PILAR.

PABLO. Pronto vuelvo.

CÁRMEN.

Pero, Pablo,

- ¿estás dado al enemigo?
PABLO. Vuelvo al punto.
CARMEN. Yo te digo
que estás provocando al diablo.
PILAR. Padre mio!
PABLO. Otra te pego!
PILAR. No salga usted.
PABLO. (Impaciente.) Qué capricho!
Basta ya; lo dicho dicho,
que es inútil todo ruego.
¿Pensais que es loca aprension
la que al camino me lleva?
Dejadme hacer lo que deba,
que si salgo es con razon.
CARMEN. Razon? No hay razon que abone
tan temeraria salida,
que en poco tiene su vida
quien así su vida expone.
PABLO. ¿En dónde el peligro está,
si está el camino á cubierto?
CARMEN. Ayer lo estaba por cierto,
hoy no sé cómo estará.
Anoche con saña impía
estuvo el cañon tronando,
que el viento, triste silbando,
hasta aquí el eco traía.
Hoy el espacio está en calma,
no suena el menor rüido,
y á tu casa no ha venido
á dar noticias ni un alma.
¿Qué prueba tal soledad?
Es pensar un desatino
que esté tomado el camino
ó rendida la ciudad?
PABLO. (Con asombro.)
Rendirse? La gente moza
rendirse al yugo francés?
Otra!—¿Sabes tú quién es
el pueblo de Zaragoza?
CARMEN. Pues hoy de allá nadie vino,
eso es lo que digo yo.
PABLO. Y bien, no diré que no,

cortado estará el camino.
Y siendo, Cármen, así,
razon más para que salga,
pues nadie habrá que nos valga
si llega el francés aquí.

PILAR. (Á su madre.)

Dice bien padre y señor.
Ántes que el francés nos venza...

PABLO. (Con rudeza.)

Eso, huyamos sin vergüenza
ó muramos con honor.

CARMEN. Bien, huyamos.

PABLO. (Con ironía.) Gran virtud!...
¡De oírte el alma se alboroz!...

CARMEN. La muerte está en Zaragoza,
la vida en Calatayud.

PABLO. ¿Y mientras que en santos lazos
se unen allí con afan
cuantos al combate van
y dan su vida á pedazos,
yo, tan zote y tan así,
ajeno á la patria suerte,
iré huyendo de la muerte
por no disgustarte á tí?

CARMEN. Soy madre!

PABLO. Por Belcebú!

CARMEN. Y esposa!

PABLO. Bah!... ¡qué acertijos!...

(Con enojo.)

¡Las que allí pierden sus hijos,
son menos madres que tú?

PILAR. Padre!... (Calmándole.)

PABLO. Basta, que me pesa
ver tamaña cobardía.

¡Quién oyéndote diría
que has nacido aragonesa?

(Á su esposa. Doña Cármen llora.)

PILAR. Pues!... hágala usted llorar!...

PABLO. (Volviendo á su mujer.)

Cómo? voto á mis enojos!...

Vamos, enjuga esos ojos (Con cariño.)
por la Virgen del Pilar!

No haya sonos ni quimeras,
ni más temores ni sustos,
que esclavo soy de tus gustos
y se hará cuanto tú quieras.

CARMEN. (Llorando.)

Sí; pero vas á salir
arrostrando un compromiso.

PABLO. Pues señor, ya que es preciso,
la causa voy á decir.

Una sorpresa, y no excasa,
daros mi afecto quería;
mas como al fin no hay tu tia,
os contaré lo que pasa.
Mirad, carta de Luis.

PILAR. De Luis? (Con gozo.)

CARMEN. De Urgel?

PABLO. En persona.

CARMEN. Á ver?

PABLO. (Enseñándola.) Su letra lo abona!

PILAR. Qué dice?

PABLO. (Leyendo.) «Agosto y París.»

CARMEN. Fecha?

PABLO. Del siete.

CARMEN. (Con ansiedad.) Pues lee.

PABLO. Pocos renglones ensarta.
«Cuando á usted llegue esta carta
»ya en Zaragoza estaré.»

LAS DOS. En Zaragoza? (Con alegría.)

PABLO. Cabal,
eso dice, el papel canta.

PILAR. (Entre alegre y temerosa.)

Ay, madre!

CARMEN. (Id.) La Vírgen santa
le traiga libre de mal.
Sigue.

PABLO. (Leyendo.) «Muéveme á partir
»el mal que aflige á mi tierra;
»funesta juzgo esa guerra
»que es preciso concluir.
»Del bien de todos en pos
»salgo hoy mismo; nos veremos,
»y la guerra acabaremos

»con el auxilio de Dios.»

CARMEN. No dice más?

PABLO. Otra pues!
¿qué más? Reviento de gozo!
Bien, Pilar, es todo un mozo,
español y aragonés.
Ámale con frenesí,
con amor santo y eterno;
¡buen esposo, mejor yerno!...
Es digno de tí y de mí!...

CARMEN. Calla, que la das empacho.

PABLO. Para más gozo y más bien,
hoy quisiera que tambien
aquí se hallara el muchacho.

CARMEN. Martín? (Estremecida.)

PABLO. Pues!

CARMEN. Bien está allá!

PABLO. Mejor estuviera aquí!

CARMEN. Mas tranquila estoy así,
teniéndolo en Alcalá.

PABLO. Tú por no exponerle al fuego...

CARMEN. Claro está, su madre soy.

PABLO. Vuelta á lo mismo! estás hoy
de un humor que de él reniego.

PILAR. No se enfade usted.

PABLO. Jamás

ví á tu madre tan cobarde.

CARMEN. Es que...

PABLO. Acabemos, que es tarde.
Pero aquí llega Colás.

ESCENA II.

DICHOS y COLÁS.

PABLO. Qué ocurre?

COLÁS. Tropa en la quinta.

TODOS. Tropa? (Alarmados.)

COLÁS. Pues!

PABLO. (Id.) Tropa francesa?

COLÁS. Que si quieres! Buena es esa!
española por la pinta.

PABLO. Estás seguro?

COLAS. Pues no!

al llegar, con buenos modos
han dicho: «acá estamos todos,»
y esto ya lo entiendo yo.

PABLO. Son muchos?

COLAS. Cuatro leones.

PABLO. Hazlos entrar.

COLAS. Al momento;

con ellos viene un sargento
que se llama Juan Quiñones.

Alto y fornido?... ya! ya!...

Y de empuje?... ya lo creo!

Tiene un ceño!... es algo feo!...

Pero ¿y bigotes?... de acá.

Con tales ímpetus manda
y habla con tal desparpajo...

Vaya!... es mozo que de un tajo,
echa un hombre á la otra banda!

¡Si parece aragonés

en el aquel y en lo llano!

francés que caiga en su mano

no vuelve á ser más francés.

PABLO. Eso, así, charla sin cuento,
que así en tus glorias estás.

COLAS. Es que... juro por Colás
que es todo un hombre el sargento.

PABLO. Pues hazlo venir aquí.

COLAS. Voy.—Le traigo una sosiega!—

PABLO. Otra más! pues la bodega
para qué la quiero ahí?

(Váse Colás.)

ESCENA III.

DICHOS, ménos COLÁS.

PABLO. Ya veis, á lo que imagino,
no está el camino cortado,
porque á estarlo, ese soldado
fuera por otro camino.

CARMEN. Brava razon en verdad!

PABLO. No es clara?

CARMEN. Acertada fuera,
si ese sargento viniera
de dentro de la ciudad.
Mas si va en su direccion
á ciegas y á troche y moche,
¿cómo sabrá lo que anoche
pasó allí?

PABLO. Tienes razon:
me convence el argumento,
que es claro á más no poder.

PILAR. Lo primero es conocer
de dónde viene el sargento.

PABLO. Sí, se hará como decís,
sabremos si él tiene aviso...
porque al fin... pues, es preciso
ir á esperar á Lúis.

PILAR. Buena ocasion ha escogido
para venir.

PABLO. La mejor,
que eso demuestra valor,
y que es hombre decidido.
Mas si así tan mano á mano
seguimos aquí los tres,
buena tripa pondrá pues
ese sargento cristiano.
No hay un lomo que freir?
no hay jamon que preparar?
ó va en ayunas á entrar,
y en ayunas va á salir?

CARMEN. Oh! no, eso no.

PABLO. Pues dispon
una cosa de sustancia,
que hoy cuantos van contra Francia
dueños de mi casa son.
Estamos?

CARMEN. Mucho que sí;
Gracias á Dios, lo tenemos.
Niña, vamos.

PILAR. Esperemos, (Con curiosidad.)
que ya está el sargento aquí.

ESCENA IV.

DICHOS, el SARGENTO QUIÑONES, y cuatro soldados que entran de dos en dos en fondo con gran marcialidad, al compás de la voz del sargento.

QUIÑ. . . Un... dos, un... dos .. alto! frente!
presenten, ars! .. rompan filas!
(Saludando.)

Á la paz de Dios, señores,
quiero decir, buenos días!

PABLO. (Yendo á él con gozo.)
Bien venido!

QUIÑ. (Dándole la mano.)
Choque, agüelo.

CARMEN. Bien llegado!

QUIÑ. (Con galanteria.) Gracias, ninfas!

PABLO. Vamos, las armas á un lado,
y á descansar.—Pilar, sillas.

QUIÑ. No se incomode, lucero,
que estoy bien y voy de prisa.
(Á los soldados,)

Naide me abandone el chopo
ni se quite la mochila,
si no quiere que le alumbre
diez palos en la barriga.

Estamos? ustés perdonen (Á los patrones.)
que yo largue esta consinia,
que lo primero en campaña
es guardar la disciplina!

Hola, un número al camino, (Á los soldados.)
dos al porton de la quinta,
lo que resta de la fuerza
de reten en la cocina. (Salen los soldados.)
(Á los patrones.)

Así soy yo, más esauto
que un reló con hora fija.
Ahora que vengan franceses,
que está la parada lista.

ESCENA V.

D. PABLO, CÁRMEN, PILAR, QUIÑONES.

PILAR. Viene usted de Zaragoza?

QUIÑ. Allí está mi compañía,
y á reunirme voy con ella,
pese á quien pese, madrina.

CARMEN. No ves, Pablo?

PABLO. Ya lo veo!

CARMEN. Ves lo que yo te decía?...
Si está el camino cortado!

QUIÑ. Qué dice usted, voto á cribas!
Cortado?

CARMEN. Lo que usted oye,
que aún no tenemos noticias
de la plaza, y esta noche
ha habido un fuego...

QUIÑ. (Contrariado.) Mil chispas!...
Cortado? pues es preciso
abrir una rejendija,
por donde pase este cuerpo
con toda su comitiva.

PABLO. Cómo?... con cuatro soldados?

QUIÑ. Por supuesto!... eche usted guindas!...

PABLO. Está usted loco, sargento?

QUIÑ. Quiusté callar, por mi vida!
Si hoy va á ser este camino,
camino de romería!

CARMEN. Cómo?

QUIÑ. Si á la retaguardia,
como un enjambre de avispas
vienen más hombres que arenas
las playas de la mar crian!...

PABLO. Sí?... de dónde?

QUIÑ. De Sodiles,
de Longares y otras villas.
Mal fregado armó en Longares
ayer un seminarista!...

CARMEN. Un seminarista? (Alarmada.)

PABLO. Cómo? (Id.)

PILAR. Un colegial?

QUIÑ. Eso, niña,
un estudiante que dicen
quisque de Alcalá venía.
Dicen que es de Zaragoza,
hijo de buena familia,
un mozo como unas flores,
buena planta y mejor fila.

CARMEN. Será Martin? (Á D. Pablo vivamente.)

PABLO. Qué locura!

PILAR. Si será mi hermano! (Vivamente á su padre.)

PABLO. (Como queriendo borrar la idea.) Eh, quita!
Es sólo Martin acaso
quien cursa así teología?
Vamos, aquí estais de sobra, (Empujándolas.)
y haceis falta por arriba.
Surtida está la despensa,
el corral tiene gallinas;
conque á prepararlo todo
con abundancia y aprisa.

CARMEN. Ya no sales?

PABLO. Ya no salgo,
así estareis más tranquilas.

PILAR. (Á su madre con alegría.)
Ay madre! Será mi hermano?

CARMEN. Mucho lo temo, hija mia! (Á su hija con temor.)

PILAR. Hasta luégo. (Saludando al Sargento.)

QUIÑ. (Saludándola militarmentc.)
Á la orden, prenda.

(Es una alhaja esa chica.)

(Retorciéndose el bigote. Entran en la casa.)

ESCENA VI.

QUIÑONES, D. PABLO y COLÁS, con jarro y vaso, por el fondo.

PABLO. Será el muchacho?... quién sabe!
¡su madre lleva esa espina!

COLAS. Allá va ese pisolabis. (Echándole vino.)

QUIÑ. Se agradece! (Bebe y lo vuelve.)

COLAS. Otra... hasta arriba...
(Viendo que no lo ha apurado.)

- QUIÑ. Pues allá va!—¡por la patria! (Apurándolo.)
COLAS. Eso... viva la melicia! (Bebiendo.)
Quiusté un trago? (A D. Pablo.)
PABLO. No, sal fuera,
y ponte á la expectativa;
y si ves llegar paisanos
por la parte baja, avisa.
COLAS. Allá voy.
QUIÑ. Pues media vuelta,
de frente y ¡marchen! caminal!
(Váse Colás.)

ESCENA VII.

D. PABLO y QUIÑONES.

- PABLO. Conque cuente usted, amigo,
que eso me inspira interés.
QUIÑ. Lo del estudiante?
PABLO. Pues.
QUIÑ. Ya caigo, pues como digo.
Ayer, aun era de dia,
(al toque de la oracion)
cuando de la esquila al son
se echaba el Ave-María,
un mozo de buena traza,
verbigracia como yo,
de súpito se coló
por en medio de la plaza.
Tó el mundo le vido entrar,
y quedóse al verle fijo,
porque en son de arenga dijo
cuando se acabó el rezar:
«Quien pecho español tuviere,
no replique oste ni moste,
y rece aquí un pater noste
por la patria que se muere.»
Patron, no es ponderacion;
á esta voz medio difunta,
hasta se me puso en punta
el pelo del morrion.
Válgame Dios, qué jolgerio!

¡qué gresca y qué algarabía!
todo el mundo allí decía:
«¡Al cabildo!... al consistorio!»
Y no fué la cosa en balde,
pues tras el muchacho aquel,
juimos el pueblo en tropel,
yo, y el cura y el alcalde.
Bien, y qué dijo?

PABLO .
QUIÑ.

¡Mal rayo
si el chico no es un tesoro!
contó allí con pico de oro
las cosas del *Dos de Mayo*.
¡Vaya unas cosas, pañales!
las que sabemos acá,
patron, son ménos que ná;
¡si se quean en pañales!
oyendo su relacion
naide allí pestañeaba;
y yo, no sé... resoyaba
con más fuerza que un cañon.
—¿Quién habrá que no resista,
gritó un valiente de raza?—
y otro replicó:—«á la plaza,
y que se forme una lista.»—
Y dicho y hecho, patron;
casi de gozo beodos,
juimos á la plaza todos
revueltos y en peloton.
Ya iba la lista á empezar,
cuando allí gritó una moza:
—«Quep eligra en Zaragoza
nuestra Virgen del Pilar!»—
¡Aquí si que fué el dilubio!...
¡si usted viera qué alboroto!...
Vamos, se armó un tirrimoto,
que ya quisiera el Visubio!
Ya no hubo lista ni ná,
que un grito ronco y profundo
dijo: «á la muerte tó el mundo,»
y yo dije:—«pues allá.»—
Y saliendo de la vija,
delante del pueblo eché;

y aquí estoy, ya lo ve ustedé,
cómo quien dice, en guerriya.
El pueblo viene detrás,
con él viene el estudiante:
con que ya he dicho bastante,
¿quiusté más? Pues no sé más.

PABLO. (Con entusiasmo.)
Otra!... y qué más? por mi vida!
si eso de gozo me enciende!

QUIÑ. Patria que así se defiende,
¿cómo puede ser vencida?
Eso digo yo, patron;
quien hoy no salga al despique,
tiene el alma de alfeñique
ó injundias de requeson.

PABLO. No es verdad que digo bien?
¡Si estoy de asombro perplejo!

QUIÑ. Miusté, viene atrás un viejo
mayor que Matusalen.
No pué casi con las patas;
pero voto á mis enojos,
que le relumbran los ojos
lo mesmo que fogaratas.
—Agüelo, ¿dónde va á dir,
le dije, si ya no hay manos?—
y él me dijo:—«Los ancianos
van á enseñar á morir.»—
Á respuesta tan cabal,
dije á mi fusil:—«presente;»—
y saludé á aquel va liente
lo mesmo que á un general.
Y si allí tengo un tambor,
aunque es un paisano raso,
como hay Dios, le marco el paso
batiendo marcha de honor.

PABLO. Pero qué suena?

QUIÑ. El tropel
de sus pasos que se siente.

PABLO. (Viendo entrar á Colás.)

¿Qué es eso?

COLAS. (Entrando presuroso y con júbilo.)
Aquí está la gente.

QUIÑ. Pues ya verá usted que aquel.

ESCENA VIII.

DICHOS, PEDRO ARTÉS y varios paisanos con escopetas,
trabucos y picas.

PEDRO. Dios con todos! (Entrando.)

PABLO. (Reconociéndole.) Que él me asista!
Cómo!... Perico!...

PEDRO. Otra pues!...
aquí está Perico Artés,
Perico el contrabandista.

PABLO. Tú aquí? (Abrazándole.)

PEDRO. (Con entusiasmo.) Yo mismo, don Pablo:
ya ve usted lo que nos pasa;
el diablo se ha entrado en casa
y es preciso echar al diablo.
No es la fija, melitar? (Dándole la mano.)

QUIÑ. Chipé!...

PEDRO. (Á D. Pablo.) Ya ve usted, atreverse...
¡muy mal han hecho en meterse
con la Virgen del Pilar!

QUIÑ. Que sí! (Con fiereza.)

PEDRO. Voto á Belcebú!...
(Entra Cerezo apoyándose en un niño.)

QUIÑ. Escuche usted ese arrapiezo!... (Á D. Pablo.)
Lo ve usted? (Señalándole á Cerezo.)

PABLO. (Saliendo á su encuentro.) Cómo!... Cerezo!

CEREZO. Aquí estoy yo! (Con entusiasmo.)

PABLO. (Saliendo á él.) También tú?

ESCENA IX.

DICHOS, CEREZO del brazo de un chico.

CEREZO. Yo tambien. (Abrazándose.)

PABLO. (Enternecido.) Y á dónde vas?

CEREZO. Á morir!

QUIÑ. (Á D. Pablo entusiasmado.) ¿Ve usted qué nene?

CEREZO. Otra!... al que da lo que tiene
no se puede pedir más.

Corta mi vida contemplo;
perderla mañana ú hoy
¿no es igual? Pues allá voy
á dar á esta gente ejemplo.

(Apretándole las manos.)

Que allí verán, Pablo amigo,
y no han de mirarlo en vano,
cómo afrontará un anciano
el furor del enemigo.

Con eso podrá decir
la historia el caso al contar,
que unos supieron lidiar,
y otros supimos morir.

ARTAL. Eso! (Con entusiasmo.)

QUIÑ. Que viva el calor
de los agüelos de brío!...

CEREZO. Precisamente, hijo mio,
lo que me falta es vigor.
Que á no faltarme, en verdad
fuera ménos estafermo:
tres dias há que no duermo,
y esto ya es algo á mi edad.

PABLO. Cómo!

QUIÑ. Tres dias?

CEREZO. Sí, á fe:
preciso ha sido este exceso;
mucho he corrido y por eso
no puedo tenerme en pie.
Gente nos faltaba allí!...

PABLO. En Zaragoza?

CEREZO. Cabal!...
y ya ves, no lo he hecho mal.
que alguna viene tras mí.

PABLO. Una silla! (Á Colás.)

CEREZO. (Con brío.) Quiá!... ni un cacho!
¿Á qué, si el cuerpo se tiene?
Sal á la puerta, que ahí viene
detrás de mí tu muchacho.

PABLO. Cómo!... Martín? (Con alegría.)

QUIÑ. ¿El chaval
aquel que anoche nos dijo?...

CEREZO. Pues!

QUIÑ. (Saludando con respeto.)
Patron, tiene usted un hijo
que puede ser general.

PABLO. (Llamando.)
Cármen, Pilar, hola, aquí
todos.

ESCENA X.

DICHOS, DOÑA CÁRMEN y PILAR.

CARMEN. Qué ocurre?

PILAR. Qué pasa?

PABLO. Que á la puerta de tu casa
está Martín.

CARMEN. Mi hijo! (Saliendo á su encuentro.)

PABLO. Sí! (Viéndole entrar.)

Mira! (Corriendo á él.)

ESCENA XI.

DICHOS, MARTIN, abrazando á todos.

MARTIN. Padre! Madre! hermana!

Colás!... (Dándole la mano.)

PABLO. Tú aquí? (Abrazándole.)

MARTIN. Sí señor,

que esto me manda el honor
y la sangre de Lizana.

CARMEN. Pero ¿y el estudio?

MARTIN. Quiá!

Ya la sotana he colgado!

CARMEN. Qué dices?

MARTIN. ¡Si se han cerrado
las aulas en Alcalá!

CARMEN. Cómo!

MARTIN. No sobran razones?

Hoy vivir en paz denigra.

La patria cuando peligra
quiere brazos, no lecciones.

CARMEN. Y tú?... (Asustada.)

MARTIN. Yo? con la virtud

que tiene un hombre cualquiera,
vengo á seguir la bandera
que ha alzado la juventud.
En defensa de sus lares
hoy va cuanto nace honrado;
ya las aulas se han trocado
en cuarteles de escolares.
Ingreso en un batallon
pude allí, madre, tener;
mas cuando llegué á saber
que aquí tronaba el cañon,
resuelto y sin vacilar
expuse á mi gente moza:
«pues peligra Zaragoza,
en ella debo yo estar.
Que una madre tengo allí,
tengo padre y una hermana,
soy de Aragon! soy Lizana!»
¿No he hecho bien? (Doña Cármen llora.)

PABLO. (Abrazándole con entusiasmo.) Mucho que sí!

CARMEN. Ay Martin! (Desconsolada.)

PABLO. Cármen, valor. (Con enojo.)

¿Qué lloras, voto á mi nombre?
(Estrechando á Martin.)

Hijo, bien, eres un hombre,
y á tu padre das honor.

Vete á ilustrar estas canas
recordando cuanto vales,
que eres vástago de Artales,
y retoño de Lizanas.

Nombres son de buena ley,
brillan con claros destellos:
mira lo que exigen de ellos
tu fe, tu patria y tu rey.

Abraza al punto á tu madre,
y anda á combatir con brío,
pues te acompaña, hijo mio,
la bendicion de tu padre.

CARMEN. Ay, Pablo! (Llorando en brazos de su hijo.)

PILAR. (Con energía.) Por compasion,
madre, cobre usted la calma;
¡no piensen que están sin alma

- las mujeres de Aragon!
- CARMEN. Si no me puedo vencer!...
soy madre, puede morir!
(Abrazando á Martin.)
ojos que te ven partir,
¿cuándo te verán volver?
- QUIÑ. Morir? calle usted! por sopa
me como sin más emboque
á cualquiera que le toque
á un jilacho de la ropa.
- ARTAL. Otra!... La Virgen me asista!
ántes que peligre un pun o,
caerá á su lado difunto
Artés el contrabandista.
(Enternecido, dando á uno y otro la mano.)
- PABLO. Oh, gracias!
- CEREZO. ¡Si es natural
que ahora la pena la ahogue!
Vamos fuera, y que desfogue
su cariño maternal.
Cuidaré de él! (Á Pablo.)
- QUIÑ. Conque... (Á todo .
Andando.)
- PABLO. Ya os vais?
- QUIÑ. Á degüello toco.
- ARTES. Id vosotros poco á poco,
que afuera quedo aguardando.
- PABLO. Irá! (Á Cerezo y Artés.)
- ARTES. Yo le llevaré, (Á Pablo.)
que por eso afuera quedo.
- PABLO. Artés... (Apretándole la mano.)
- ARTES. No tenga usted miedo,
que yo de él me cuidaré.
- QUIÑ. Hasta la vista, patron:
voy á hacer más sarracina... (Á Doña Carmen.)
Eh! no llore usted, madrina,
y ensanche usted el corazon.
No todo el que va á la guerra
pierde en la guerra la piel:
mi usted, yo tengo mi aquel
en Andújar, que es mi tierra.
Lloró muy desconsolá

cuando tomé la bandera;
pero yo la dije: «espera,»
y allá esperándome está.
Cree usted que no he de volver?
pues ya baja! En Dios confío,
que yo he de ser su marío,
y ella ha de ser mi mujer.
Y tiene un jumo la moza!...
Quién podrá jincarla el diente
cuando diga... «mi pariente
fué un valiente en Zaragoza?»
Ay que es ná!... lluevan reveses,
si ello ha de ser como digo!...
Con que abur, y ande conmigo
quien quiera matar franceses.
(Va á salir marcialmente.)

PILAR.

Aguarde usted, militar.

QUIÑ.

(Deteniéndose y cuadrándose.)

Alto y de frente, canario!

Qué es ello?

PILAR.

Este escapulario
de la Virgen del Pilar.

QUIÑ.

Haga usted cuenta que un sello
me pone con tal merced.

Venga. (Se arrodilla.)

PILAR.

(Poniéndoselo.) Así, llévelo usted
siempre pendiente del cuello.

Por su bendito poder

saldrá usted bien de la guerra.

QUIÑ.

(Besándole.) Si con él vuelvo á mi tierra,
dos velas le he de poner.

PABLO.

Bien, Pilar! (Abrazándola.)

QUIÑ.

(Con decisión.) Ahora, á la plaza!

PILAR.

Y á vencer!

QUIÑ.

(Con entusiasmo.) Pues por supuesto.

¡Si usted con esto me ha puesto
en el pecho una coraza!

MARTIN.

Madre, adios!... (Despidiéndose.)

CARMEN.

(Abrazándole.) No, no, jamás,
no quiero...

PABLO.

(Conteniéndose.) Ya no hay aguante!...

—Andad vosotros delante,

que él ó yo iremos detrás.
(Aparte á todos que salen.)

ESCENA XII.

DOÑA CÁRMEN, D. PABLO, MARTIN, PILAR.

PABLO. Cármén!... (Con dignidad severa.)

CARMEN. (No queriendo oírle.)

No me hables, por Dios!

PABLO. Cármén, la patria lo exige.

CARMEN. Si ya lo sé! (Desesperada.)

PABLO. (Con firme resolucion.) Pues elige
á cualquiera de los dos.
Él ó yo.

CARMEN. Dios soberano, (Desconsolada.)
pedir esto á mi cariño!

PILAR. Tú!... (Á Martin.)

CARMEN. (Reteniéndole.)

No, no! si aun casi es niño!

PABLO. Pues yo!...

CARMEN. (Soltando á su hijo y abrazando á D. Pablo.)
Si eres casi anciano!...

PABLO. Claro ejemplo de virtud
los que han salido te dan.
No has visto que juntas van
la infancia y la senectud?
Elige!

CARMEN. (Con profundo desconsuelo.)
Y cómo escoger?...

Si esto ¡ay Dios, no tiene nombre!

PILAR. (Con energía.)

Pues bien, la falta de un hombre,
la suplirá una mujer.

Yo iré, el temor no me abate.

CARMEN. Tú á la guerra!... tú, mi vida?

PILAR. Yo iré á restañar la herida
del que caiga en el combate.

MARTIN. Bien, Pilar. (Estrechándola las manos.)

PABLO. Así te quiero! (Abrazándola.)

Aprende,—y elige pues!...

(Á Doña Cármén.)

CARMEN. Ay, Pablo!... teneis los tres
los corazones de acero.

PABLO. Elige!...

CARMEN. Qué más me da? (Con desaliento.)
puede partir el que quiera!
más la ausencia de cualquiera
la muerte me causará.

MARTIN. Pero madre, y el honor!

PILAR. Y el decoro de mi padre?

PABLO. Y la patria?...

CARMEN. Y vuestra madre? (Á sus hijos.)
Y tu esposa? Y mi dolor? (Á D. Pablo.)
Nada soy, nada os importa
cuanto estoy sufriendo aquí?
Idos, pues, todos, que así
será mi vida más corta.

PABLO. (Abrazándola con cariño.)
Cármén!

CARMEN. Si teneis razon, (Variando de tono.)
si lo sé!

PABLO. Pues bien, escucha.

CARMEN. (Desconsolada)
Ay Pablo, si en esta lucha
se me rompe el corazon.

PABLO. (Voto á mi nombre!...)

CARMEN. Es cruel
cuanto exigís.

PABLO. Ya lo creo! (Enternecido.)
Pero, Cármén, si es... Qué veo?
(Aparece D. Luis.)

MARTIN. Mi primo!

PILAR. Luis? (Con alegría.)

CARMEN. Urgel? (Lo mismo.)

ESCENA XIII.

DICHOS, LUIS URGEL, por el fondo.

PABLO. (Saliendo á su encuentro.)
Luis!

LUIS. Pilar! (Dándole la mano.)

MARTIN. Primo! (Se abrazan.)

PABLO. Sin duda (Abrazándose.)
que Dios á casa te envía.

CARMEN. Hijo mio!...

LUIS. Amada tia! (Abrazándola.)

CARMEN. El cielo te trae en mi ayuda.

LUIS. Cómo, pues! qué pasa aquí?
qué sucede? qué ha ocurrido?
Ante todo, han recibido
ustedes mi carta?

PABLO. Sí.

Aquí está; carta que encierra
el fuego que en todos arde.

(Con calor.)

Bravo, Luis, no es ^{un} cobarde
quien hoy acude á su tierra.

MARTIN. (Con entusiasmo.)

No es verdad que esta ocasion
es para todos de prueba?

Quién será el que no se mueva
hoy en pro de la nacion?

PILAR. Quién, viendo á su patria estar
presa en extranjeros lazos,
no viene á ofrecer sus brazos
de la patria en el altar? (1a.)

PABLO. (Con enojo.)

Quién, indiferente ser
puede á tanto y tanto exceso?

Verdad, hijo? pues por eso
lloraba aquí mi mujer.

En alas de su valor
tu primo partir quería;
pero se opone tu tia
en mengua de nuestro honor.

Eso se puede sufrir?

Pues tan aferrada está,
que hasta vergüenza me da
de tenerlo que decir.

LUIS. (Con gesto de lástima.)

Y causa de disension
es esta?

PABLO. Tiene disculpa?

LUIS. Quién, tío, á una madre culpa

- porque tenga corazon?
- CARMEN. ¿Ves, si con razon me aflijo?
- PABLO. Otra! Y la patria, y sus lares?
- CARMEN. Ella los tiene á millares,
yo no tengo más que un hijo.
- PABLO. Si así pensarán tambien
todas las madres hoy dia...
- LUIS. Al obrar como mi tia,
juzzo que ~~obrarán~~ *nousat*
~~inuy bien.~~ *nousatam bien*
- PABLO. Luego tienes por locura
ir por la patria al martirio?
- LUIS. Mi patria tiene el delirio
que engendra la calentura.
- PILAR. Qué dices? (Asombrada.)
- MARTIN. Por qué razon? (Id.)
- PABLO. Habla.
- LUIS. Con pena confieso,
que hay aquí falta de seso,
y sobra de exaltacion.
- PABLO. No te entiendo. (Con extrañeza.)
- LUIS. Qué vestiglo
impulsa, de rabia ciegos,
á esos incautos labriegos
contra el capitan del siglo?
sin ley, sin jefes, sin plan,
sin armas, sin disciplina;
¿no es segura la rüina
de los que en su contra van?
¿Qué bien práctico y fecundo
podrán prometerse pues,
contra el coloso francés
árbitro y dueño del mundo?
Nunca en sus proyectos yerra,
su voz la Europa obedece,
y ante su sombra enmudece
yerta de espanto la tierra.
¿Quién tan ciego y loco está
que humillar quiera su gloria,
si va con él la victoria
por donde quiera que va?
Cuando estas cosas se ven,
¿qué esperais? perder de fijo;

madre que retiene á un hijo,
hace bien, hace muy bien.

PABLO. Luego segun tu opinion
lo mejor que hacer podemos,
¿es rendirnos?

LUIS. Y así haremos
lo que cuadra á la nacion.

PABLO. Matar la guerra?

LUIS. Eso trato!

MARTIN. Abatir nuestra bandera?

LUIS. Quien ~~hace~~ de otra manera
piensa como un insensato.

piensa
El que prudente medita,
y estéril vé el sacrificio,
hace á su patria un servicio
si ese sacrificio evita

MARTIN. (Con gran calor.)

Es decir... ¡voto al Moncayo!
que aun obrando con derecho,
¿fué mal hecho, y muy mal hecho,
el lance del Dos de Mayo?

¿Fué insensata aquella lid,
locos é insensatos fueron
cuantos la vida perdieron
en las calles de Madrid?...

Y la madre y la viüda
que hoy allí lloran su bien,
deben ser locas tambien,
son insensatas sin duda?

Y en vez de ostentar valor
y vengarlos con denuedo,
debemos caer de miedo
á los pies del vencedor?

(Conteniéndose.)

No es esto? Por Belcebú!
que á decir eso cualquiera,
no sé, primo, lo que hiciera!...
me aguanto porque eres tú!

LUIS. Martin!... (Con sentimiento.)

PABLO. (Con severidad.) Te hacemos merced,
escuchándote, de sobra.

LUIS. (Con lástima.)

Eso es decir que en mi obra
no quiere ayudarme usted?

PABLO. Ayudarte?... qué has pensado
que así tu seso pervierte?

LUIS. Tío, al ~~fin~~ de esta suerte
~~que~~ pienso como ~~habido~~ *un hombre honrado*
Juzgo débil y mezquina
la resistencia de España;
¿á qué provocar la saña
de quien hará su rüina?
Generosa su intencion
conozco, y ella me obliga;
pues quiere con mano amiga
darnos mayor perfeccion.

PILAR. (Vivamente.) Eso es decirnos, Lúis,
que tú su enviado eres?

LUIS. Sí.

PILAR. (Con orgullo.) Pues guarda tus poderes
y vuélvete á tu París.

Y te juro por el sol
que aguardas mi amor en vano;
vuelve solo por mi mano
cuando vuelvas español.

LUIS. Tú tambien? ¡qué ingratitud!...

(Con pena.) ¿Que á tanto el rencor os lleve?
Tia!...

CARMEN. (Con entereza.) Hace lo que debe,
que eso es obrar con virtud.

LUIS. Usted tambien?...

CARMEN. Por qué no?

LUIS. Usted que teme á la guerra?

CARMEN. Y qué? nació en esta tierra,
y honrada la quiero yo.
Madre soy, ¿qué extraño es
que yo sienta lo que pasa?
Pero no quiero en mi casa
quien pacte con el francés.

LUIS. Aunque el alma me destroza
vuestro desvío...

PILAR. (Con ansiedad.) Qué?... qué?...

LUIS. (Con sentimiento.)
Nada, Pilar... cumpliré

lo que debo en Zaragoza:

Adios.

PILAR. (Haciendo por contener el llanto.)
Adios!

PABLO. (Con ira.) Quién audaz
obra así contra su tierra?

LUIS. Yo, que no quiero la guerra!
Adios.

MARTIN. Adios.

PABLO. (Con calma.) Pues en paz.

ESCENA XIV.

DOÑA CÁRMEN, D. PABLO, PILAR, MARTIN. Doña Carmen
sale detrás de Luis: cierra la verja y se guarda la llave.

PABLO. Cármen, bien; justo es que alabe
tu valor; mi amor te absuelve!

MARTIN. (Á su madre.)
Mas qué hace usted?

CARMEN. Por si vuelve,
cierro y me guardo la llave.
(D. Pablo y Martin se miran con intencion.)

PABLO. Lloras tú?

PILAR. (Enjugando sus lágrimas con ira.)
Me causa enojos
ver, padre, su cobardía:
¿mas llorar? me arrancaría
ántes de llorar los ojos.

CARMEN. Pilar!... (Consolándola.)

PABLO. (Con ira.) Merece una enagua!
(Variando de tono.)
Cómo ha de ser!...

PILAR. (Conteniendo su ira.) Suerte esquivia!...

CARMEN. Vamos, llora, y ven arriba,
beberás un baso de agua.

ESCENA XV.

D. PABLO y MARTIN. Pausa.

MARTIN. Vé usted?... Se llevó la llave!

- PABLO. (Conteniendo su enojo.)
Ya lo ví: ¡el cielo me valga!
- MARTIN. Y qué hacer?
- PABLO. Antes que salga
es preciso que esto acabe.
- MARTIN. Cómo?... Si cerró la puerta!
- PABLO. No importa! precaucion vana;
salta por esa ventana,
pues la ventana está abierta.
- MARTIN. Tiene usted mucha razon.
- PABLO. (Examinándola.)
Es baja! chico porrazo!...
Conque adios!... venga un abrazo,
y toma mi bendicion.
Que serás bravo, no dudo.
- MARTIN. hasta que pierda la piel.
- PABLO. La del otro!... ven con él,
ó muerto sobre tu escudo.
- MARTIN. No esquivaré la fatiga.
- PABLO. Vierte tu sangre hasta el fin.
- MARTIN. Padre, adios!
- PABLO. Adios, Martin!
(Dándole un beso.)
Dios como yo te bendiga.
(Viéndole caer.)

ESCENA XVI.

D. PABLO, solo.

Cayó... se alzó... ya sé va!...
(Retirándose de la ventana.)
Es fuerte!... bravo... robusto!...
la patria lo exige... es justo!...
(Enjugándose los ojos.)
Cubierto mi honor está.
De su madre la inquietud,
no es extraña, amor la sella;
ahora partiré con ella
tranquilo á Calatayud.
Mas ella sale hácia aquí:
¿Por qué al mirarla me aflijo?

ESCENA XVII.

PARLO y CÁRMEN, que al ver á D. Pablo solo, se dirigen á el vivamente.

CARMEN. Pablo, dónde está mi hijo?

PABLO. Cármén, valor... ¡hélo allí!...
(Señalándole desde la ventana.)

CARMEN. (Gritando.)
Ah, no tienes corazón!

PABLO. Cármén? (Animándola.)

CARMEN. (Como loca.)
No, no tienes alma!...

PABLO. Si era preciso! ten calma.

CARMEN. (Desesperada.)
Calma? (Reprimiéndose.)
(Saca la llave.) Sí, tienes razón.
Toma!... abre!... hija, Pilar!
(Llamando.)
Colás!... (D. Pablo abre precipitadamente.)

ESCENA XVIII.

DICHOS, PILAR y COLÁS.

PILAR.. Madre!

COLAS. Qué hay, señora?

CARMEN. Pronto, que enganchen ahora
que nos vamos á marchar.

PILAR. (Vivamente.) Á dónde?

PABLO. (Admirado.) Cómo?

CARMEN. (Como fuera de sí.) Te extrañas?
Adónde querré yo ir?
Adonde va á combatir
el hijo de mis entrañas.

PABLO. (Asombrado.)
Tú; Cármén?

CARMEN. (Abrazándola.) Dónde mejor?
No es verdad, hija?

PILAR. Sí á fé.
Vamos. (Ay, Luis! yo haré (Con energía.)

que allí vuelvas por tu honor.)

PABLO. (Entusiasmado.)

Anda y engancha, pollino. (Con calor.)

COLAS. Qué hago de la hacienda luego?

PABLO. Qué has de hacer? prenderla fuego,
que así alumbrará el camino.

(Salen todos hácia el fondo y cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

Sala cou puerta en el fondo y á derecha é izquierda en primero y segundo término. Muebles de la época: escopetas y cananas en los rincones de la sala.

ESCENA PRIMERA.

PEDRO ARTÉS y MARTIN.

ARTES. Digo que esto no me gusta!

MARTIN. Pues qué sucede? Qué pasa?

ARTES. Jum!... qué sé yo! mas sospecho que esto no va bien!

MARTIN. Pues habla.

ARTES. Todo se andará á su tiempo,
si ántes la cuerda no estalla.
Y tu madre?

MARTIN. No hay cuidado.

ARTES. Eso es decir que entró en caja?
me alegro, mucho ha sufrido;
es madre al fin, no me extraña.
Cuando á mitad del camino
nos alcanzó su tartana,
dije para mí: «esto es hecho;

se lo lleva y santas pascuas.»
Pero nada!... más valiente!...
ya, ya! no niega la casta.
La hubiera dado un abrazo
al llegar de mejor gana!...
Á qué viene usted, la dije?—
«Á hacer lo que todos hagan,»
me respondió: «no soy madre?...
Pues voy donde el chico vaya.»
Canastos!... si tiene bríos!
canastos! .. si tiene agallas!...
Á que ya no hay lagrimicas
ni repulgos de empanadas
que te impidan salir fuera
á lidiar como Dios manda?...

MARTIN. No, ya no llora.

ARTES. No digo?...

MARTIN. Serena está y resignada,
aunque adivino en sus ojos
la inquietud con que batalla.

ARTES. Eso es natural, que al cabo
de ningun baile se trata.

MARTIN. Mas como aquí la han contado
entre otras muchas hazañas,
de Agustina Zaragoza,
la que pregona la fama;
de la condesa Bureta,
la que su nobleza ensalza,
y la que da honroso timbre
á la familia de Casta
Álvarez, tres heroínas
que orgullo son de su patria,
mi madre enjugó su llanto,
y con la fé de una santa,
nos dijo: «así haremos todos,
morir, si á morir nos llaman.»
Desde entónces, Pedro amigo,
cobró más vigor su alma;
siente, pero se resigna;
teme, y aunque teme, calla.

ARTES. Si es así, voy á decirte
lo que me trae á tu casa.

MARTIN. Dí, pues.

ARTES. La cosa está turbia,
quiero decir, no está clara.

MARTIN. Explicáte más.

ARTES. Pues oye,
y sabrás lo que se trama.
Vengo de correr las calles:
con esto que digo basta
para que entiendas que traigo
noticias frescas y varias.
He estado en medio del Coso,
tambien he estado en la plaza,
y con lo que allí se cuenta
está la gente que brama.

MARTIN. Pues qué se dice?

ARTES. Se dice
que un pastel gordo se amasa,
y que hay traicion de por medio
ó temor en los que mandan.

MARTIN. (Con asombro.)
De Palafox dudan?

ARTES. Dudan.

MARTIN. Imposible!

ARTES. Sí; que es chanza!
de él y de Calvo de Rozas
se dicen pestes á mantas.

MARTIN. (Vivamente.)
Esa es una infamia, Pedro.

ARTES. Es posible, será infamia:
pero es lo cierto que hay tregua,
que un tiro no se dispara,
que está cerca el enemigo,
que nadie ya le rechaza,
que la junta está reunida,
y que el pueblo fuera rabia.
Esto qué indica? El demonio
que averigüe esta maraña;
que algo ocurre, lo ve claro
quien ojos tenga en la cara.
Se habla de paz! Y eso es justo?
paz á esta hora! Ya baja!
para que digan los muertos

- que los vivos somos mandrias!...
Eso, Martin, no está bueno,
vamos, no está bien, caramba!
- MARTIN. Tienes razon, mas qué hacemos?
- ARTES. Pues yo dije, digo, vaya,
Martin, es un buen muchacho,
él ha cursado en las aulas,
y pues sabe biología,
algo entenderá de táctica:
me voy por él con mi gente,
salimos á una esplanada,
buscamos al enemigo,
soltamos cuatro descargas,
y habiendo sangre por medio
aborta el plan que se fragua:
¿no te parece?...
- MARTIN. (Dándole la mano.) Perico,
dices bien.
- ARTES. Si esto no falla;
armada una vez la gresca,
¿quién habla de paz?
- MARTIN. (Cogiendo los arreos.) Aguarda.
Aquí tengo mi escopeta;
ajústame esta canana.
Ajá! (Artés le ayuda.)
- ARTES. (Canario!... tu madre!...
- MARTIN. No digas una palabra.)

ESCENA II.

DICHOS, DOÑA CÁRMEN.

- CARMEN. (Con cariño.)
Hola, Artés! Qué traes aquí?...
- ARTES. (Con embarazo.)
Nada!... Ver á ustés no mas!
- CARMEN. Gracias!... (Reparando en su hijo.)
Y tú, ¿adónde vas?
Dónde vas, Martin, así?
- ARTES. (Á que echa á perder mi traza?)
- MARTIN. Pues iba con este amigo...
- CARMEN. Dónde?

ARTES. Otra!... Á dar conmigo una vuelta por la plaza.

CARMEN. Y armado?...

ARTES. Justo y cabal, que aunque es hoy todo sosiego, ¿quién sabe? si empieza el fuego, la defensa es natural.

CARMEN. No niego la conclusion, pero de la raya pasa esto de salir de casa sin motivo ni razon.

ARTES. Eh!... no irá tan mal conmigo!

CARMEN. Que eres valiente, confieso; pero, en fin, tal vez por eso, Artés, digo lo que digo: cuentan que con ciego ardor tu valor te precipita, y hoy al par se necesita la prudencia y el valor.

ARTES. Si el morir no importa nada! La vida al cabo es tan corta...

CARMEN. Sí; pero á la patria importa triunfar en esta jornada. Y quien ciego y sin razon se expone por un capricho, *hace* ~~esta~~ mal; siempre se ha dicho que la fuerza está en la union.

ARTES. Y yo lo digo tambien!

MARTIN. Mas para ver lo que pasa...

CARMEN. Es mejor quedarse en casa, que en casa estareis muy bien. Y ademas, solas las dos... ¿no es justo que te retenga? deja que tu padre venga y entónces, anda con Dios.

MARTIN. Si en tanto se llega á armar...

CARMEN. Campo no habrá de faltarte. ¿No es tu casa un baluarte? seremos tres á lidiar.

ARTES. Señora, usted?...

CARMEN. Por qué no? ¿Crees que temblará mi pecho?

lo que otras hembras han hecho
tambien lo puedo hacer yo.

MARTIN. Madre! (Besándole la mano.)

CARMEN. No importa que audaz
venga el enemigo osado:
si yo me encuentro á tu lado
seré de todo capaz.

ARTES. (Con calor.)

Pues se hará lo que á usted cuadre,
no se hable más del asunto.

MARTIN. No replico.

ARTES. Se dió punto. (Ap. á Martin.)
(Nos ha partió tu madre!)

ESCENA III.

DICHOS, D. PABLO.

MARTIN. Pero aquí mi padre está.

ARTES. Otra! pues no trae buen gesto!

CARMEN. Tú aquí, Pablo?... ¿Cómo es esto?
(Saliendo á él.)

Se acabó la junta ya?

PABLO. Acabarse? Ahora comienza
lo más grave!

CARMEN. Y te has venido?

PABLO. Sí, porque vengo corrido
de despecho y de vergüenza.

ARTES. Otra, señor! Pues qué pasa?

PABLO. Que reviento de coraje.

MARTIN. Cómo? (Sorprendido.)

PABLO. (Secándose los ojos con despecho.)

Me mata el ultraje
que hoy sufre toda mi casa.

CARMEN. Qué dices? (Alarmada.)

MARTIN. (Conteniendo la ira.) Padre, hable usted,
que voy perdiendo la calma.

ARTES. Á quién arranco yo el alma? (Con enojo.)
hable al punto su merced.

PABLO. Breve una tregua pidió
Verdier al rayar el día,
y aunque el pueblo no quería

Palafox la concedió.
«Nada en ello hay que perder,»
dijo al darla sin zozobra,
«que tiempo á todos nos sobra
para morir ó vencer.
Aunque esperanzas no abrigo
de que un buen pacto se acuerde,
¡qué diablo! nada se pierde
con oír al enemigo.»
Dijo, y la tregua otorgó,
segun relatado llevo;
mas luégo un mensaje nuevo
al consistorio llegó.
Era una propuesta audaz
de paz denigrante y fiera;
pero... Dios! sabeis quién era
el mensajero de paz?

CARMEN. (Con dolor.)

Ah! lo adivino!

MARTIN. (Con vergüenza y desaliento.)

Y yo!

PABLO. (Con intencion.) Pues!

ARTES. Otra! yo no; voto al sol!...

PABLO. Era, Artés, un español!

ARTES. Español! (Indignado.)

PABLO. Y aragonés.

ARTES. Ese mas? No hubo un balazo
que le rompiera el bautismo?
Espere usted, que ahora mismo
(Embrazando el trabuco.)
voy á darle un trabucazo.

PABLO. Oh!... no! (Sujetándole.)

CARMEN. (Conteniéndole.) Jesús!

ARTES. (Irritado.) En un trís
tiene la vida. No hay miedo:
rece usted por él un credo.
(En ademan de salir.)

CARMEN. Ay!... no! (Espantada.)

MARTIN. (Deteniéndole.) Es mi primo!

PABLO. (Con despecho.) Es Luís!

ARTES. Cómo!... (Desconcertado.)
El novio de Pilar!

PABLO. El mismo. (Con terror.)

ARTES. (Descansando el trabuco.)

Ya eso es más grave.

CARMEN. Ay, Artés, si ella lo sabe,
la va á matar el pesar.

ARTES. Por vida!

PABLO. (Con vivo interés.)

Vete de ahí,
vete con ella, no entienda...

CARMEN. (Vivamente.)

Ah!... sí, voy!... que no sorprenda
lo que está pasando aquí.

ESCENA IV.

DICHOS ménos DOÑA CÁRMEN.

ARTES. Válgale de ustés el fuero
para no hacerlo mil cachos! (Con sorna.)
Lleve usted á los muchachos
á estudiar al extranjero!
mucho pasion por París,
mucho aquel y mucha cencia,
y al fin pierden la querencia
que deben á su país.

¡Vaya si es negro embolismo!

PABLO. No es verdad que esto me afrenta?

ARTES. Pues claro, que por la cuenta
de ustés pensarán lo mismo.

PABLO. Y qué podremos hacer?

ARTES. Cómo el caso remediar?

MARTIN. Cómo? yendo á contrariar
lo que él viene á proponer.

PABLO. De qué manera?

MARTIN. Rompiendo
la cadena que él nos labra.

Paz!... quién oirá esa palabra
de la lid ante el estruendo?...

PABLO. Romper la tregua?

MARTIN. Pues no?...

PABLO. Y quién será el que lo intente?

ARTES. Pues otra!... Artés y su gente.

MARTIN. Y con esa gente, yo.

Y así todo se concilia,
pues si se llega á saber
que el que nos quiere vender
pertenece á la familia,
podrá saberse á la par
que cuando el caso supimos
nosotros al fuego fuimos
tamaña afrenta á limpiar.

PABLO. Exponer por un traidor
tanta existencia querida!...

MARTIN. Padre ¿qué importa la vida
cuando peligra el honor!...

PABLO. Hijo!... yo sé lo que digo,
no es por tí sólo mi afan.
¿cuántos al combate irán?
¿Cuántos volverán contigo?
No merece á la verdad
nuestro honor tal sacrificio.

ARTES. Otra!... pues á mi jüicio
lo merece la ciudad.
Que si sufrimos callados
que la paz se ajuste hoy dia,
caeremos, por vida mia,
rendidos y deshonrados.
¡Y esto el alma me destroza!...
Que usted por su sólo honor
lo excuse... está bien, señor,
pero... voto... ¿y Zaragoza?
debe la paz consentir?
debe rendirse y ceder?...
Eso!... quiá!... ¡no puede ser!
que no! no hay más que decir.

PABLO. No hay medio! teneis razon!... (Suspirando.)
(Con entereza abrazando á su hijo.)
Yo iré tambien.

ARTES. (Con entusiasmo.) ¡Voto al diablo!
Venga esa mano, don Pablo;
tiene usted un gran corazon.

MARTIN. Usted con nosotros?

PABLO. Sí.

MARTIN. Imposible.

PABLO. Fuerte estoy.

- MARTIN. Mas hace usted falta hoy...
PABLO. Dónde?
MARTIN. En la junta y aquí.
ARTES. Que tienes razon colijo;
y en fin, por si algo sucede,
no es justo que esto se quede
sin el padre y sin el hijo.
(Despues de un momento.)
PABLO. Artés! (Recomendando á su hijo.)
ARTES. Pierda usted cuidado
y ahuyente todo recelo;
pues ántes que él pierda un pelo
sabré morir á su lado.
PABLO. (Abrazando á Martin.)
Que Dios no me tome en cuenta
el odio que Luis me inspira:
no sé si es miedo ó es ira
lo que en mi pecho fermenta.
Vete: por él y por tí
rogando quedo: ten brío;
(Mirando al cielo.)
mas si este muere, Dios mio!...
apartad á Luis de mí.
MARTIN. Padre, ¡adios!...
PABLO. Los labios sella.
Tu hermana sale.
ARTES. (Impaciente.) Otra pues!...
MARTIN. Márchese usted con Artés
mientras me despido de ella.
ARTES. Conque irás? (Saliendo.)
MARTIN. No faltaré.
PABLO. Qué diablos!... (Á Artés.)
(Á su hijo.) Temes que ceje?...
Cuando en la junta me deje...
MARTIN. Entiendo.
PABLO. Te lo enviaré.

ESCENA V.

MARTIN, PILAR.

PILAR. Dónde va padre y señor?

MARTIN. Al consistorio se vuelve,
que algo en él hoy se resuelve
que lastima nuestro honor.

PILAR. (Con extrañeza.)
Honor! cuál?

MARTIN. El de esta casa.

PILAR. Qué dices? (Alarmada.)
Habla al momento.

MARTIN. Me ofreces tener aliento?

PILAR. Sí. (Con firmeza.)

MARTIN. Pues diré lo que pasa.
Se está hablando de la paz.

PILAR. Lo sé.

MARTIN. Y el pueblo...

PILAR. Ya entiendo;
se niega...

MARTIN. Y está rugiendo
contra el mensajero audaz.

PILAR. ¿Pues qué culpa tiene él?...

MARTIN. Es que á su patria hace agravio,
porque...

PILAR. (Adivinando con dolor.)
No más, cierra el labio:
te comprendo, es Luis Urgel.

MARTIN. (Con pena.)
Tú lo has dicho.

PILAR. (Ocultando el rostro.) Dios eterno!

MARTIN. Sé fuerte! (Abrazándola.)

PILAR. (Llorando.) Triste de mí!

MARTIN. Cálmate.

PILAR. ¡Si llevo aquí
todo el pesar del infierno!
Si en lucha con mi altivez,
ya no sé por lo que lloro...

MARTIN. (Consolándola.)
Vamos, Pilar!

PILAR. ¡Si le adoro
y le aborrezco á la vez!

MARTIN. No es digno de tal pasion
proceder ~~que se obtiene~~ de ~~esta~~ manera.

PILAR. Sí, si lo sé: ¡si quisiera
arrancarme el corazon!

- MARTIN. Ten valor, sufre y olvida.
PILAR. ¡Si el sacrificio es cruel!
MARTIN. No voy yo á exponer por él
dentro de poco mi vida?
PILAR. Tú, Martin?
MARTIN. Sí, á la verdad,
que esto exigen, Pilar miã,
nuestro honor, nuestra hidalguía,
y el honor de la ciudad.
PILAR. No, imposible; yo no quiero
que te expongas!...
MARTIN. Tén valor!
PILAR. ¡Honor! ¿qué importa el honor
si tu vida es lo primero?
MARTIN. Vano es tu ruego conmigo;
pon tu sufrimiento á raya,
porque es fuerza que yo vaya
á batir al enemigo.
PILAR. Dios mio! (Desconsolada.)
MARTIN. Ten corazon!
PILAR. Y madre? La harás morir!
MARTIN. Ay!... (Enternecido.) no quisiera partir
sin llevar su bendicion!...
PILAR. Y cómo quieres que quepa
en ella esfuerzo tamaño?...
MARTIN. No sé, con cualquier engaño;
que la dé sin que lo sepa.
PILAR. ¿Esto más?
MARTIN. Ella está aquí,
Haz, Pilar, que me bendiga;
y luégo...
PILAR. ¡Suerte enemiga!
MARTIN. Que Dios disponga de mí.

ESCENA VI.

DICHOS, DOÑA CÁRMEN.

- CARMEN. Ay, Pilar!... Gracias á Dios!...
Dónde estás, que no te encuentro?
Te he buscado por adentro...

(Fijándose en ambos.)

Pero qué teneis los dos?

Has dado á tu hermano enojos?

PILAR. No, madre. (Vivamente.)

CARMEN. Pues qué ha pasado?

(Ap. á Martin)

Le has dicho?...

MARTIN. (Á su madre.) Nada he contado.

CARMEN. Qué tienes, luz de mis ojos?...

MARTIN. Nada! que estaba al balcon
hace un momento asomada,
cuando una turba alterada
pasaba como un turbion.
Dónde vais?... dije á un amigo:
y él contestó en tono audaz:
«á hacer inútil la paz
hostigando al enemigo.»

CARMEN. Qué locura!

PILAR. (Adivinando.) Á esa razon,
sentíme de horror transida,
y me aparté estremecida
de los hierros del balcon.
Pues viendo tan loco afan
dije, perdiendo la calma,
«cuántos, ay! madre del alma,
á sus casas volverán?»

CARMEN. Tienes razon!... mas qué hacer?

PILAR. Por eso sólo me aflijo:
madre que allí tenga un hijo,
cuándo lo verá volver?

CARMEN. Ciertó!... (Enternecida.)

Mas, que hacer, Pilar,
si no hay de impedirlo modos?...

PILAR. (Mirando á su hermano.)
Bendiga usted, madre á todos
los que van á pelear.

CARMEN. Pues ven á rezar conmigo,
que el rezo el pesar mitiga,
y Dios á todos bendiga
como yo á todos bendigo.

MARTIN. (Reclbe inclinado la bendicion, de manera que su
madre no pueda verle, y despues la abraza.)

Ay, madre! así pueden ir
á que el plomo los taladre.
(Quién bendito de una madre
no va tranquilo á morir?)

ESCENA VII.

DICHOS, ARTÉS.

CARMEN. Aquí Artés?

MARTIN. (Aprieta la mano á Pilar.)

Pilar!

PILAR. (Esforzándose por estar serena.)

(Qué horror!)

CARMEN. Qué sucede?

PILAR. (Qué agonía!)

ARTES. Nada. Don Pablo me envia
á que acompañe al señor. (Á Martin.)

CARMEN. Adónde?

ARTES. Adónde? (Cortado.)

MARTIN. Es notorio!

(Con intención á Artés.)

Al Consistorio.

ARTES. Eso es, (Adivinando.)

dijo, dí á Martin, Artés,
que se venga al Consistorio.

MARTIN. Tendrá instrucciones que dar...

ARTES. Pues eso. (Á qué arma querella?)

CARMEN. Pues vé.

MARTIN. (Abrazando á su madre y luégo á su hermana.)

(Pilar, cuida de ella

si es que no vuelvo á mi hogar.)

ESCENA VIII.

CARMEN, PILAR, se queda mirando.

CARMEN. Qué ocurrirá en el cabildo?
Qué puede querer tu padre?
No adivinas?

PILAR. No adivino.

CARMEN. (Bien, entónces nada sabe.)

- Dentro aguardo. (Pobre niña!)
- PILAR. (Con esfuerzo supremo.)
Al punto voy! (Pobre madre!)
- CARMEN. (Saliendo.) Que nada sepa, Dios mio!
- PILAR. (Cayendo en una silla al verla salir.)
Madre de Dios!... amparadle.

ESCENA IX.

PILAR, COLÁS y QUIÑONES.

- QUIÑ. Que á qué vengo? Á poca cosa,
á descansar un instante;
arrima al punto una silla
y alúmbrame un pisolabis.
(Colás sale y vuelve con vino.)
- PILAR. Cómo, usted aquí? qué ocurre?
- QUIÑ. Señorita, Dios la guarde.
- PILAR. Cuento usted. (Asustada.)
Qué le sucede?
- QUIÑ. Lo que no le pasa á naide.
Estoy lo mesmo que un gayo
que güele que van á asarle,
que el probe tiene en la cresta
arreatá toa la sangre.
- PILAR. Pues cómo?
- QUIÑ. Escuche usté el caso,
que es para sabío el lance.
Pues señor, jará una hora,
(ontavía no la jace)
que iba yo, fusil al hombro,
hácia el portillo del Cármen.
Sonaban gritos de lejos,
y yo pa meterme en baile,
por una calle ancha y reuta
entré con paso de ataque.
Compadre, al entrar en ella
vide á una moza delante,
que con su aquel y su rumbo
llenaba toda la calle.
¡Vaya una moza, canario!...
iba levantando un aire...

¡No corre en Jaen más viento
por pascuas de Navidades!
Yo que soy un poco alegre,
á la vista de aquel talle
me dije: «por la derecha,
á formar en línea, marchen.»
Con efeuto, entré en batalla,
y la dije al alinearme:
«Salero, que no haya mieo,
ya hay aquí quien la acompañe.
Viva la gracia!» Mas ella,
con un gesto de vinagre,
me dijo: «No están los tiempos
ni el cuerpo pa tafetanes.
Abra usted un poco los ojos
y con quien habla arrepate,
que más respeto merecen
mis ensinias melitares.»
Canario! me dejó tieso;
abrí los ojos, compadre,
y era la moza... un alférez
con sayas y faralares.

COLAS. Un alférez disfrazado?
QUIÑ. Quiés tú callar, badulaque?
Un sutiniente efeutivo,
mujer en cuerpo y en traje...

PILAR. Agustina Zaragoza?
QUIÑ. Sigun las señas, cabales;
que ha ganao la charretera
como hay pocos que la ganen.

COLAS. Y qué hizo usted?
QUIÑ. Que qué jice?

En primer lugar cuadrarme;
hacerla luégo el saludo
lo mismo que á un comendante;
dar media vuelta á la izquierda
y en retirá pronunciarne,
con las orejas mú gachas
y el geró como un tomate.
Sí señor; que á estos bichornos
se expone aquel que no sabe
que en esta tierra de bravos

es mu fácil tropezarse
con paisanas sutinientas
y paisanos generales.

COLAS Chist!... Calle usted!... (Rumores fuera.)

PILAR. (Asustada.) Un tumulto?

QUIÑ. Pué ser!... (Bebiendo.) Ojo, que asan carne.

PILAR. No salga usted!

QUIÑ. Que no salga?...

Hasta la vista, buen ángel;
voy á hacer más sarracina
que Bernardo en Roncesvalles.

ESCENA X.

PILAR, COLÁS.

PILAR. Oh! gracias á Dios que puedo
llorar aquí sin que nadie...
mas no!... no es este el momento
de suspirar y quejarse.
—Espera, Colás.—Dios mio!
es menester que esto acabe!
Le escribiré, y si no cumple
con mi amor y con su sangre,
haré por aborrecerle
ya que no pueda olvidarle.

COLAS. Qué es esto? La señorita
tan alterada... ¡Qué diantre!
Algo pasa aquí. ¡Algo pasa!
¿Qué será? Yo estoy *in albis*.
¿Á quién escribe con tanto
afan? Mas, ¿á qué apurarme?
Ya me lo dirá si quiere,
y si no, punto y aparte.

PILAR. Ay, Colás! marcha en seguida,
á todo correr!

COLAS. (Haciendo ademan de salir.) Á escape.

PILAR. Dónde vas? Aguarda.

COLAS. ¡Como
me dice usté que me marche!...

PILAR. Vas al cabildo. Preguntas
con disimulo y con arte

- si está en sesión todavía
la junta de los notables.
- COLAS. Bien, ¿y qué?
- PILAR. Después inquieres,
lo cual ha de serte fácil,
si el emisario enemigo
está allí.
- COLAS. Vamos por partes.
¿Qué haré con el emisario
y con la junta, ¿esperarme?...
- PILAR. Calla y oye.
- COLAS. Callo y oigo.
No quiero que usted se enfade.
- PILAR. Si está, aguardas á la puerta,
y cuando observes que sale
Luis...
- COLAS. ¿Qué Luis?
- PILAR. Mi primo.
- COLAS. ¿Y este
es el emisario? ¡Zape!
- PILAR. Sí: pero por Dios te ruego,
por cuanto más quieras y ames,
que no pronuncies su nombre
donde puedan escucharle.
Va la vida de tus amos
en ello.
- COLAS. ¡Virgen del Cármen!
Si no vuelvo de mi asombro!
¡Me ha dejado usted cadáver!
- PILAR. Síguele. Y en donde puedas
sin que te vean hablarle,
le entregas de parte mia
esta carta.

ESCENA XI.

DICHOS, DOÑA CÁRMEN.

- CARMEN. (Que lo observa.) ¿Qué es lo que haces?
- PILAR. Madre!
- CARMEN. ¿A quién escribes?
- PILAR. ¡Esto

(Con espanto, queriendo evitar que vea el billete.)
no puede usted verlo!

CARMEN. (Arrancando la carta de sus manos.) Dame.
¿Qué cartas escribe una hija
que no puede ver su madre?

PILAR. Por Dios! (Suplicando.)

COLAS. (Ap.) Nos hemos lucido!
Se ha interceptado el mensaje.

CARMEN. (Leyendo con ansiedad creciente.)
«No tienes sangre en las venas
» hoy que olvidando quién eres,
» sin ley y sin patria, quieres
» remachar nuestras cadenas.
» Oh! de deshonra nos llenas,
» de vergüenza y de dolor.
» Para salvar nuestro honor
» corre á la muerte mi hermano.
Yo, ántes me corto la mano
que entregársela á un traidor!»
¿Es cierto? Tu hermano!...

(Viendo la actitud dolorosa y confusa de Pilar y
dejando caer la carta con el mayor desfallecimiento.)

¡Ah! Todo

lo comprendo. ¡Me engañásteis!

COLAS. (Cogiendo la carta.)

Vino á mis manos, me marchó,
no se incomode y la rasgue,
que la carta es un tesoro.
La llevaré.

ESCENA XII.

CÁRMEN, PILAR.

CARMEN. ¡Esto es matarme!

PILAR. Fué preciso!

CARMEN. Así se juega
con el dolor de una madre?
¿Así la engañan sus hijos
y la asesinan cobardes?

PILAR. Madre mia!

CARMEN. (Llorando.) ¡Esto es horrible!

Es más que horrible, ¡es infame!

ESCENA XIII.

PABLO, CÁRMEN, PILAR.

CARMEN. ¡Ay, Pablo, Pablo! (Saliendo á su encuentro.)

PABLO. ¿Por qué
te alteras? Qué ha sucedido?

CARMEN. Que Martín está perdido,
que se ha marchado...

PABLO. Lo sé.

CARMEN. Y le has dejado partir?

PABLO. Sí.

CARMEN. ¡Tolerancia menguada!
Si la tregua está ajustada,
á qué va? Solo á morir.

PABLO. Acaso sin que él peligre,
nos vuelva el honor ileso.

CARMEN. Si le has mandado por eso
tienes entrañas de tigre!

PABLO. ¡Cármén!

PILAR. ¡Madre!

CARMEN. Así tu amor
con el deber se concilia?

PABLO. Escucha. En nuestra familia
jamás ha habido un traidor.
Pero hoy Luis con sus acciones
la desdora, y no transijo!

CARMEN. Y con la sangre de un hijo
quieres lavar tus blasones?
Si Martín pierde la vida,
¿quedará tu honra más clara?
¿Qué tendrá que echar en cara
á un traidor, un parricida?

PABLO. Yo parricida?

CARMEN. —Sí tal.

Si el cielo quiere que muera,
caiga al pie de la bandera
en lucha abierta y leal.
Pero despues de ajustada
la tregua, por qué se expone?

Muerte que el deber no impone
ni es sentida, ni es honrada.

PILAR. Ay madre, por compasion!

PABLO. Calla!

CARMEN. No esperes que calle!

PABLO. Sin duda quieres que estalle
en mi pecho el corazón!

Si Martin, fuera de aquí,
encuentra una muerte oscura,
culpa á nuestra desventura,
mas no me culpes á mí.

Qué hacer? Cuando Luis se atreve
á manchar nuestro linaje,
exponiéndole al ultraje
y al ludibrio de la plebe,
heinos de apurar la hiel
de su infamia? Nada de esto:
Sigamos el rumbo opuesto,
no nos confundan con él.

CARMEN. ¡Estéril y vano afan!

¡Nadie conoce á ese loco!

PABLO. ¡Otra! Y qué? Dentro de poco
todos le conocerán.

Pero si procedo yo
con dignidad y entereza,
suya será la vileza,
de nuestra familia, no.

CARMEN. Y mi hijo?

PABLO. ¡Inútil porfía!

Culpa á Luis...

PILAR. (Con desaliento.) Ay, suerte fiera!

Con mil vidas que tuviera
su maldad no pagaría.

PABLO. Dos veces, ¡esto es atroz!

le he visto en el Consistorio,
y es para mí un purgatorio
verle y escuchar su voz.

En ninguna parte acierto
á estar, me siento aturdido.

¡Si le hubieran conocido
le dejo á mis plantas muerto!

Por ño tropezar con él

vengo aquí, que en su presencia
se agita en mi inteligencia
un pensamiento cruel.

CARMEN. Mi eterna desdicha labra
tu mano.

PABLO. (Con doloroso enojo.)
Es que eres muy terca!

PILAR. (Estrechando en sus brazos á Doña Cármen.)
Madre!

PABLO. (Mirando.) Cerezo se acerca.
No digais una palabra!

ESCENA XIV.

DICHOS, CEREZO.

CEREZO. Te buscaba, Pablo.

PABLO. ¿Á mí?

Pues ¿qué ocurre?

CEREZO. Nada bueno.

Mal mi coraje refreno.

¿No eres de la junta?

PABLO. Sí.

CEREZO. (Con desconfianza.)
Vas á decir la verdad?

PABLO. Puedes dudarlo? Pregunta.

CEREZO. Estais tratando en la junta
la entrega de la ciudad?

PABLO. (Asombrado.)
Cerezo, estás en tu juicio?

CEREZO. Eso dice el pueblo todo.

PABLO. Pues para hablar de ese modo
no tiene el menor indicio.

CEREZO. Verdad que no puede ser?
Que miente la gente moza?
No tiene ya Zaragoza
quien la pueda defender?
No hay en lugar de murallas
pechos resueltos y duros?
Aunque tengamos apuros,
aunque falten las vituallas,
primero que andar en tratos

ni en los últimos extremos,
si es menester, comeremos
las suelas de los zapatos.

Pero rendirnos? ¡Jamás!

Esto no puede sufrirse!

PABLO. Y quién habrá de rendirse?
¿Quién?

CEREZO. Oh! la vida me das!
Sospecha el pueblo indignado,
que habrá tal vez quien apoye
nuestra humillacion.

PABLO. Pues oye,
y sabrás lo que ha pasado.
Despues de habernos propuesto
la tregua, como es sabido,
tregua que hemos admitido
sin cejar en nuestro puesto;
considerándose fuerte
el francés nos amenaza,
y airado intima á la plaza;
¡capitulacion ó muerte!

CEREZO. Y nuestro bravo caudillo,
qué dice?

PABLO. No lo adivinas?
Desde este monton de ruinas
contesta: *¡guerra y cuchillo!*

CEREZO. (Enternecido.)
Noble general, muy bien!
¡Y no son alardes vanos!
Oh! quién tuviera cien manos
para lidiar con las cien!
Si tanto el francés apura
y á la postre nos destroza,
no, no entrará en Zaragoza,
sino en una sepultura.
Verdad, Pablo?

ESCENA XV.

DICHOS, COLÁS agitado.

P.MAR. (Saliendo á su encuentro.)

- Inquieto estás!
- COLAS. Calle usted! Si con un pelo
pueden ahogarme.
- PILAR. Recelo
una desgracia.
- CARMEN. Ay, Colás!
Habla.
- PABLO. Pronto, vive Cristo!
- COLAS. He visto la agitacion
de la gente contra don...
- PABLO. Silencio! (Con inquietud.)
- COLAS. (Austado.) Pues nada he visto!
- PILAR. (Contra mi primo!)
- COLAS. Alterado
el pueblo, con rabia fiera
va gritando: «Muera, muera!...»
Mal anda el afrancesado!
¡Qué bullicio, Dios eterno!
- CARMEN. Mi corazon se estremece
de espanto.
- COLAS. Cá! Si parece
que se ha soltado el infierno.
- PABLO. (Con decaimiento.)
(Él lo ha querido!)
- PILAR. Quizás
del riesgo escapar no pueda!
- COLAS. Si parece que lo enreda
el diablo.
- PILAR. (Llamándole y yéndose con él precipitadamente.)
Vamos, Colás!

ESCENA XVI.

DOÑA CÁRMEN, D. PABLO y CEREZO.

- CEREZO. Ya lo sabrás. Dicen que es
aragonés; pero es llano
que un corazon tan villano
no es de fijo aragonés.
No produce esa semilla
nuestra tierra hidalga y fiera.
Verdad?

- PABLO. (Esa voz severa
me desconcierta y humilla.)
- CARMEN. Van á matarle. Dios santo!
— Qué hacer?
- PABLO. (Á Cármen.) Mujer! No conoces
que está pregonando á voces
nuestra desdicha tu llanto?
- CARMEN. Y he de consentir... No, no!
Conozco que es delincuente;
pero usted tiene ascendiente
y puede salvarle.
- CEREZO. (Con sorpresa.) Yo?
- PABLO. Si á la multitud persuades
puedes su enojo calmar.
- CEREZO. Tiene el pueblo como el mar
índómitas tempestades.
Ellas se apaciguan solas,
el cansancio las serena,
que únicamente refrena
Dios los pueblos y las olas.
- CARMEN. Usted, que es tan compasivo
no querrá que le maltraten!
- CEREZO. Pues, qué! Para que lo maten
no da bastante motivo?
- CARMEN. Recuerde usted que padece,
que ha nacido aragonés,
y que su suerte...
- CEREZO. Otra, pues!
Si por eso la merece!
Deshonrar nuestra hidalguía!
No hay palabras con que exprese
mi rencor!—Si mi hijo fuese,
creo que le mataría.—
- CARMEN. (Desalentada.)
Ay de mí!
- PABLO. (Con recelo.) (Quizás sospecha!)
- CEREZO. Digo bien?
- PABLO. (Amargamente.) Tiene razon.
- CEREZO. Con qué se lava el borron
que sobre los suyos echa?
- PABLO. (Con honda desesperacion.)
¡Oh! Si es verdad, si es verdad!...

- CARMEN. Usted de decirlo acaba:
de fijo que no se lava
cometiendo una maldad.
- CEREZO. (Confuso.)
Así los pueblos reprimen
la infamia y la mala fé.
- CARMEN. Pero nunca el crimen fué
justificacion del crimen.
- CEREZO. (Convencido.)
La razon tiene un camino.
Cierto, no había pensado...
- CARMEN. Grande es el pueblo soldado;
¿por qué ha de ser asesino?
- PABLO. (Con ansiedad.)
Sálvame, yo te lo ruego.
- CEREZO. Espera! (Con resolucion.)

ESCENA XVII.

D. PABLO, CÁRMEN.

- CARMEN. Madre de Dios!
Sé el amparo de los dos,
á tu piedad los entrego.
Para ambos humilde pido
tu proteccion igualmente.
- PABLO. (Fuera de sí.)
Pero mi hijo es inocente!
- CARMEN. Y Luis es un desvalido!
- PABLO. (Enternecido.)
De quién se puede quejar?
- CARMEN. La piedad, ¿qué lo has de hacer?
No tiene ojos para ver,
los tiene para llorar.
- PABLO. Oh! ¿qué es esto?

ESCENA XVIII.

DICHOS, QUIÑONES.

- QUIÑ. Casi ná!
Que el pueblo se engresca y grita!

Como ví á la señorita
á la ventana asustá,
he subido pa saber
si ha ocurrido algun trabajo...

PABLO. No.

QUIÑ. Pues entónces me najo,
que ya nos cayó que hacer.
Me voy al cuartel á escape.

CARMEN. Pues qué pasa?

QUIÑ. Ná por junto.
Mas yo las güelo y barrunto
que va á haber un cipizape.
Anda el pueblo en peloton
pidiendo á voces justicia:
Y luégo con la noticia
se ha puesto como un leon.
La cabeza, en una pieza,
piden del afrancesao,
mas creo que el condenao
no quiere dar la cabeza.
Y con la muerte de Artés...

CARMEN. (Con terror.)

Pablo, que Dios nos asista!

PABLO. De quién? (Espantado.)

QUIÑ. Del contrabandista.

Qué! No lo saben ustés?

PABLO. Dios de Dios! Que ha sucedido?

QUIÑ. Que ese Artés con unos pocos
muchachos, casi tan locos
como su jefe atrevido,
sin licencia ni temor
contra el francés se han revuelto.

PABLO. Y han vuelto? (Con ansiedad.)

QUIÑ. Qué han de haber vuelto?

Ni uno siquiera.

CARMEN. (Cayendo desfallecida.) Qué horror!

(D. Pablo da señales de una desesperacion sombría.)

QUIÑ. Quien falta á la disciplina
se expone á perder la piel.

PABLO. Ha muerto! (Con terror.)

QUIÑ. Vóime al cuartel,
no se arme la rebujina.

ESCENA XIX.

CÁRMEN, PABLO.

PABLO. Ay, Cármén, Cármén!

CARMEN. No más,
no más! Todo lo he perdido.

PABLO. Ha muerto!

CARMEN. Tú lo has querido!
pero ya lo llorarás.

Hijo del alma! Qué suerte
la tuya! Quién te diría
que ciego te mandaría
tu mismo padre á la muerte?

PABLO. Triste de mí!

CARMEN. Si esto clama
á Dios!

PABLO. Ay! me estás matando!

CARMEN. (Con amarga ironía.)
Mas, qué es eso? Tú llorando?
Pues no has salvado tu fama?
Afuera duelos prolijos!
No ves qué claro se ostenta
ese honor que se alimenta
con la sangre de tus hijos?

PABLO. Si era mi vida! (Con intenso dolor.)

CARMEN. Te engañas!

PABLO. Si le amaba!

CARMEN. Como yo
es imposible. ¡Si no
le has llevado en tus entrañas!

PABLO. ¡El juicio voy á perder!
Escúchame!...

CARMEN. No lo esperes.
¡Oh, déjame, si no quieres
que te llegue á aborrecer!

ESCENA XX.

D. PABLO.

¡Aire, más aire!... Señor,
¿qué perturbacion es esta?
loco estoy...

(Cayendo desvanecido en un sillón, y apoyando los
brazos y la frente sobre la mesa.)

¡Cuánto me cuesta
ese infame, ese traidor!

ESCENA XXI.

D. PABLO, en la posición indicada. LUIS desesperado: óyense
fuera los rumores y gritos del pueblo. PILAR sobrecogida de
espanto.

PILAR. Pasa!

LUIS. ¡Si quiero morir!
Deja, Pilar, que me maten.

PILAR. Oh, Dios mio! Tal vez traten
de entrar...

(Corre apresurada á la puerta y permanece alterada
é inquieta durante el tiempo que la escena reclama.)

LUIS. ¿Para qué vivir? -

Busco la paz y se enciende
el pueblo en ira homicida.
¿Para qué quiero una vida
que la patria no comprende?
¡Esto es horrible!

PABLO. (Reparando en él y levantándose fuera de sí.)

¿Tú aquí?

¡Oh gracias, Dios justiciero!
Vas á morir!

LUIS. ¡Eso quiero!

PABLO. No esperes piedad de mí.
Tú faltas á la nacion,
tú el triunfo al francés allanas,
tú has deshonrado mis canas,
tú has roto mi corazon.

Hoy que estás bajo mi yugo,
ya por la postrera vez,
¡te sentencio! Soy tu juez...

(Se apodera de una de las escopetas arrimadas á uno de los ángulos de la sala. En el momento en que se vuelve y apunta á Luis, Pilar, que ha escuchado las últimas palabras de D. Pablo, se pone delante de su primo con resolucion.)

PILAR. ¡Oh, pero no su verdugo!
Perdone usted que le advierta
lo que á sí mismo se debe.

(Nuevos rumores fuera.)

¡No haga usted lo que esa plebe
que está rugiendo á la puerta!

(D. Pablo consternado deja escapar el arma de sus manos. Profunda agitacion en Pilar y Luis. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala con puertas laterales en primero y segundo término. En el fondo, balcon grande con tres huecos que se abrirán á su tiempo. Muebles de la época.

ESCENA PRIMERA.

D. LUIS y COLÁS.

COLAS. (Ayudando á D. Luis á vestirse de aragonés.)

No hay remedio, señor ito;
el amo lo manda. ¡Ajá!
El diablo que le conozca
á usted tan guapote y tan!...
Ahora la faja. ¡Que un hombre
tan plantado y tan cabal
como usted... ¡Vaya! si es cosa
que da ganas de llorar.
Pues si usted quien es no fuera
y yo no fuese Colás!
Si no le quisiera tanto...

LUIS

¿Qué harías?

COLAS.

¡Otra que tal!

Apretarle á usted la faja
mas alta, y un poco más.

(Señalándole al cuello.)

LUIS.

Oh! (Con desaliento.)

- COLAS. De buena hemos librado
cuando cerca del portal
estaba usted entre las gentes
que le querían matar,
y salí á buscarle... Vamos,
miedo el pensarlo me da.
¡Si me temblaban las patas
que era una barbaridad!
¡Y usted nada! Como un poste,
quieto. Sin querer tomar
las de Villadiego, y eso
que arreciaba el temporal.
—Ahora el sombrero.—Si yo
no agarro á usted por detrás
y le empujo cuando estaba
arengando con afán,
Cerezo... ¡Claro! Á estas horas
está usted abierto en canal.
(Observando la honda melancolía de D. Luis.)
Nada! Ni tulle ni bulle.
Le cuesta un trabajo hablar...
- LUIS. (Con amargura.)
¡Ay! Por qué no me dejaste
morir allí?
- COLAS. ¡Buena está!
Acorralado entre tantos...
Había allí un animal
mu gordo y mu grande, que era
de la piel de Barrabás.
¡Cómo chillaba el endino!
—Usted no se acordará.—
¿Y el otro cojo, visojo,
de pelo rojo? ¡Es que el tal...
- LUIS. (Sin hacer caso y respondiendo á su propio pensa-
miento.)
¡Qué infeliz soy! Me horroriza
mí espantosa soledad.
Abandonado de todos,
sin patria, ¡ay Dios! sin hogar,
insultado, escarnecido...
¿Qué soy en el mundo ya?
- COLAS. (Consolándole.)

¡Vaya! No piense usted en esto.
Así con este disfraz
usted se escapa esta noche
por las tapias del corral.
Luégo, de un tiron á Francia.

LUIS. (Con desesperacion.)
¿Y no he de verla jamás?
¿Cómo está mi prima?

COLAS. Cómo
la probecica ha de estar?
Llorando, Pues ¿y don Pablo?
Pues ¿y el ama? Es natural.
La muerte del señorito...
¡Tan bueno! Tan jóven! (Enterneciéndose.)

LUIS. (Con honda pena.) ¡Ay!
No lloraremos si hubiera
logrado yo hacer la paz!

¡Cuántas madres sin ventura,
cuántas viudas llorarán
esta loca resistencia
que raya en temeridad!

COLAS. ¡El escapulario!... ¡Calle!
El amo viene hácia acá.
¡Ocúltese usted! No quiere
verle, y se va á incomodar...

¡Pronto! (Empujándole.)
LUIS. (Desalentado.) ¡Cuánto me aborrecen!...
Más tarde me llorarán.

ESCENA II.

COLÁS, despues D. PABLO.

COLAS. Todos huyen de su lado
y todos le quieren mal.
¡Es muy justo! Esto se explica
por su mesma mesmedad.

PABLO. (Entrando.)
Oye, Colás.

COLAS. Mande usted,
señor? (Lástima me da
verle tan alicaído...)

PABLO. Es necesario llevar
las hilas que han preparado
tus amas al hospital.

COLAS. Sí, señor. Voy en seguida.
¿Quién sabe si servirán
para mí?

PABLO. Mira. Si acaso
te deja la guardia entrar,
vé si está Martín herido;
inquiérese, averigua, ¿estás?

COLAS. Sí, señor.

PABLO. Pues vé. No tardes.

COLAS. ¡Andandico! ¿Qué es tardar?

ESCENA III.

D. PABLO.

Si estuviera herido... ¡Son
tan pocos los que han entrado!
En el hospital he estado
y nadie me da razón.
Pero puede que Colás
más afortunado sea.
¡Si me horroriza la idea
de no volverle á ver mas!
¡Esto es hecho!—Siento aquí
una pena, una agonía,
que paraliza y enfria
la vida dentro de mí.

ESCENA IV.

D. PABLO, CEREZO.

CEREZO. Hola, Pablo, ¿cómo estás?

PABLO. Que cómo estoy? Dado al diablo.

CEREZO. No me extraña. Pues yo, Pablo,
estoy dado á Barrabás.

PABLO. Qué te ha pasado? ¿Qué tienes?

CEREZO. Otra! que no eres mi amigo
y vengo á reñir contigo.

PABLO. Pues mira, á buen tiempo vienes.

CEREZO. La verdad no se me empacha,
ni soy hombre que me ofendo
sin motivo...

PABLO. No te entiendo.
De qué te quejas? Despacha.

CEREZO. Es decir, que tan borrico
soy, tan poco de fiar,
que no has querido mandar
á mis órdenes el chico?
y abandonándole así
á su temerario brío
quizá ha muerto...

PABLO. (Enternecido.) ¡Ay, hijo mio!

CEREZO. ¡Buena la has hecho!

PABLO. Yo?

CEREZO. Sí!

Si en vez de dejarle suelto,
viene conmigo... ¡Pues no!
ó no hubiera vuelto yo
ó el muchacho hubiese vuelto.
Mas tú terco y testarudo...

PABLO. (Alterado.)
Mira que me estás matando!

CEREZO. Pues puedes quejarte, cuando
despues de esto te saludo.

PABLO. Otra!

CEREZO. No me vuelvo atrás.
Lo dicho!

PABLO. No me exasperes!
Á que dices que le quieres
más que yo?

CEREZO. ¡Pues claro! ¡Más!

PABLO. (Conteniéndose.)
¡Voy á hacer un desatino!

CEREZO. Es la verdad, que te cuadre
ó no...

PABLO. (Irritado.) ¡Qué? No soy su padre!

CEREZO. ¡Y yo no soy su padrino?

PABLO. ¿Serán mayores tus lazos
que los míos?

CEREZO. No han de ser?

- Si yo le he visto crecer,
como quien dice, en mis brazos.
- PABLO. ¡Hombre! ¡Voto á Belcebú!
Pienso que el juicio has perdido.
- CEREZO. ¡Sí! Le quiero, le he querido
y le quiero más que tú.
- PABLO. (Con ira reconcentrada.)
Ya ves que no me incomodo;
pero escúchame con calma:
eres mi amigo del alma
y te lo perdono todo.
Como lo siento lo digo,
y estas no son vanas frases;
creo que si me pegases
no me enojara contigo.
¡No es poco! Pero decir
que al muchacho no lo quiero
más que tú, ni lo tolero
ni lo puedo consentir.
Y si en tal empeño das,
reñiremos...
- CEREZO. Pues insisto
en lo dicho...
- PABLO. ¡Vive Cristo,
que no has de decirlo más!
(Agarrando una silla.)
- CEREZO. (Haciendo lo mismo.)
Yo te haré ver que no hablo
á humos de pajas.
- PABLO. (Amenazándole.) ¡Pues sea!

ESCENA V.

DICHOS, DOÑA CÁRMEN.

- CARMEN. (Interponiéndose.)
¡Teneos! ¡Qué horrible idea
os ciega?
- PABLO. (Dejando la silla y echándose en brazos de Cerezo
sollozando.)
¡Ay! Cerezo!
- CEREZO. (Enternecido.) Ay, Pablo!
- CARMEN. Perdido habeis la razon.

¿Por qué reñís?

PABLO. Dios lo sabe!

Riño, porque no me cabe
en el pecho el corazón.

CARMEN. Qué contrarios intereses
os peturban? ¿Qué os altera?

CEREZO. Tratarnos de esta manera!
Aunque fuéramos franceses!
Y por qué, vamos á ver?

PABLO. No lo sé.

CEREZO. Ni yo tampoco.
Por qué eres loco.

PABLO. Más loco
eres tú.

CEREZO. Bien puede ser!

PABLO. La rabia me puso ciego,
y como tengo este pronto...
Lo conozco, soy un tonto,
Perdóname.

CEREZO. ¡Otra te pego!
Tú me debes perdonar,
que así de golpe y porrazo
te dije...

PABLO. (Abrazándole.) Venga otro abrazo,
y pelillos á la mar.

CARMEN. Aprended de una mujer
á templar vuestros enojos,
hoy que no tienen mis ojos
ni aun lágrimas que verter.
Hoy que el dolor me quebranta,
y no puedo sufrir más.

PABLO. ¡Claro! Te resignarás,
porque eres casi una santa.
Pero...

CARMEN. ¿Qué estás diciendo?
No han de vencerme mis penas!
Resignarme!... Si en mis venas
circula la sangre ardiendo!
Resignarse una española
que pierde un hijo? ¡Mentira!
Si me juzgo—tal es mi ira—
capaz de luchar yo sola!

¡Oh! que tiemble el enemigo!
Ya no hay paz, ya no hay concierto.
Las madres de los que han muerto
irán á lidiar conmigo.

¡Maldito sea el que crea
que el francés nos intimida!
¡Maldito el que tregua pida!...

CEREZO. Bien dicho! Maldito sea.
En nuestros robustos hombros
se ha de salvar la nacion,
ó esto ha de ser un monton
de cadáveres y escombros.
Siempre en nuestros puestos fijos,
ántes que un palmo ceder,
las madres, si es menester,
reemplazarán á sus hijos.
Y bendecirá su empresa
nuestra Madre soberana,
«que quiere ser capitana
de la tropa aragonesa.»
No es verdad?

PABLO. Mucho que sí!
Luchemos: la vida es corta.
Si la perdemos, qué importa?
(Señalando al cielo.)
Otra mejor hay allí.
Cúmplase nuestro destino!
El chico ha muerto quizás,
mas, ¡paciencia! No ha hecho más
que adelantar el camino.
(Cada vez más enternecido.)
Aunque lloro, es de furor,
no imagines que es de miedo.

CEREZO. Miedo tú!...

PABLO. (Desesperado.) ¡Quiero y no puedo
ahogar mi intenso dolor!

CEREZO. Lloro, Pablo! Si es preciso!
Del corazon nadie es amo.

PABLO. Las lágrimas que derramo
se escapan sin mi permiso.
Mas yo lo remediaré.
¡Ya ves! Tranquilo me encuentro.

Si lloro será hácia adentro,
ó el alma me arrancaré.

CEREZO. Puede ser que sin motivo,
tu pesadumbre se agrave.
Nadie le ha visto... ¡Quién sabe
si Martin estará vivo?
Otras cosas hace Dios
mayores, y al fin y al cabo...

CARMEN. Habrá muerto! Era muy bravo.
Esto nos mata á los dos!
(Cayendo abrumada en un sillón.)

PABLO. Pero, en fin, no hablemos de esto.
Dónde estás hoy de servicio?

CEREZO. Donde quiera que hay bullicio
y gresca, allí está mi puesto.
Mas para el caso de que armen
los franceses la funcion,
hoy me toca de faccion
en el portillo del Cármen.

PABLO. Oh! Gracias, Dios infinito!

CEREZO. Por qué te pones así?

PABLO. No dejes de estar allí,
porque allí te necesito.

CEREZO. Otra! tú? (Sorprendido.)

PABLO. Sí.

CEREZO. Cuándo?

PABLO. Luego
que anochezca.

CEREZO. (Sorprendido.) Y para qué?

PABLO. Sé que me estimas, y sé
que has de comprender mi ruego.
Lo que te voy á decir,
me causa horror y vergüenza;
pero es menester...

CEREZO. Comienza,
que estoy ansioso de oír.

PABLO. En mi casa tengo oculto...

CEREZO. Á quién?

PABLO. Al afrancesado.
Y como no se han calmado
la agitacion ni el tumulto,
su suerte me inspira miedo...

CEREZO. Con razon, que esta mañana
vió la muerte tan cercana,
como un dedo de otro dedo.
Por fortuna, mientras yo
al pueblo estaba arengando,
sin saber cómo, ni cuándo,
ni por dónde, se escapó.
El diablo le abrió camino.

Con tal que el trastorno cese...

PABLO. ¡Ay! ¿No sabes quién es ese
infeliz?

CEREZO. Quién? (Sorprendido)

PABLO. (Angustiado.) Mi sobrino!

CEREZO. Imposible! Luis Urgel!

PABLO. El mismo...

CEREZO. Qué estás diciendo?

En medio de aquel estruendo
no pude fijarme en él.

Pero cómo imaginar?...

PABLO. (Lleno de afliccion)

¡Con qué pena te lo digo!

Mas, en fin, eres mi amigo
de siempre, y sabes callar.

Preciso es echarle fuera,
y que mi honor quede ileso.

¿Quieres auxiliarnos?

CEREZO. Eso

no se pregunta siquiera.

Vaya! No faltaba más
sino que por un chiquillo
loco!... Mándale al portillo
en anocheciendo. Estás?

Veremos qué medios hallo
para que salve la raya...

PABLO. (Estrechándole la mano con efusion.)

¡Oh, gracias!

CEREZO. Y que se vaya

con doscientos de á caballo!

Adios.

(Reparando en el profundo abatimiento de Doña
Cármen.)

Mira su quebranto.

Haz que la calma recobre.
Consuélala, que la pobre
madre es, y ha perdido tanto...

ESCENA VI.

D. PABLO, DOÑA CÁRMEN.

PABLO. Mujer!... ¡Ni siquiera me oyes!

CARMEN. Qué quieres?

PABLO. (Tímidamente.) Mira, ¿quién sabe?...

CARMEN. (Con amarga resignacion.)

¡Oh! No temas que mis labios
la queja menor exhalen.

Tú lo has querido!

PABLO. (Con desesperacion.) ¡Ay, mujer!
Me matas...

CARMEN. Pero no trates
de alimentar esperanzas
que han de ser irrealizables.
Todos le vieron salir,
volver no le ha visto nadie,
y pocas veces se engaña
el corazon de una madre.
Ó le han hecho prisionero...

PABLO. ¡Imposible! Él entregarse...

CARMEN. Entónces...

PABLO. (Vacilando.) Entónces!...

CARMEN. Deja
que le llore inconsolable.
¿No nos queda más camino
que llorar...

PABLO. (Fuera de sí.) ¡Otra! Y vengarle.

ESCENA VII.

DICHOS, PILAR.

PILAR. ¡Padre!

PABLO. Pilar, ¿qué sucede?...

CARMEN. Qué tienes?

PILAR. Dios nos ampare!

PABLO. Pero ¿qué pasa?

PILAR. El peligro
que corre mi primo es grande.
Airados grupos recorren
de arriba á abajo la calle
cada vez más numerosos,
y cada vez más audaces.
—«En alguna de estas casas
debe el traidor ocultarse,»
dicen unos, y responden
los demas: «Pues á buscarle!»
La agitacion cunde, en todos
el rencor estalla y arde,
y ruge el volcan hirviente
de las iras populares.
Qué hacer?

PABLO. No temas.

PILAR. (Desconsolada.) (Dios mio!
¡Si merece que le maten!
Mas le quiero. No he tenido
ni aun tiempo para olvidarle!)

CARMEN. Oyes, Pablo?

PABLO. Ya os he dicho
que no temais. Cuando avance
la noche saldrá de casa.

PILAR. Mas si vienen...

PABLO. No hay quien pase
sabiendo que vivo en ella
de esta mansion los umbrales.
Ademas, iré á la junta
y allí veré...

PILAR. ¡Ay, padre, padre!
No se vaya usted! Acaso
si usted se va no se salve.

PABLO. (Dudoso.)
Bien: me estaré hasta que sea
de noche, y pueda escaparse
con auxilio de Cerezo,
por el portillo del Cármen. (Con amargura.)
Decidle el riesgo que corre
á fin de que se prepare,

mirad lo que necesita;
quiero que nada le falte.
Ved si está bien disfrazado,
armas y dineros dadle;
decidle que si es preciso
sepa morir... ¡Mas no es fácil!
Que no mueren los traidores
como mueren los leales.
Cumplamos con los deberes
que nos impone la sangre.

PILAR.

Y usted, padre...

PABLO.

(Conmovido.) Yo, hija mia,
ni quiero verle ni hablarle.

ESCENA IX. VIII

CÁRMEN, PILAR.

PILAR.

Adios, dulces ilusiones
que otros tiempos me halagásteis,
y que ya miro trocadas
en amargas realidades.
Ay, adios! Ya es necesario
que del corazon arranque
un amor que era mi vida,
y no merece ese infame.

CARMEN.

Hija!

PILAR.

Si en vano pretendo
borrar del alma su imágen.
¡No puedo! Si desde niña
me habeis enseñado á amarle!
Mas ahogaré los latidos
del corazon, aunque estalle,
y sabré verle tranquila
sin que el pesar me delate.

CARMEN.

Oh! No le veas. No quiero
que en este solemne instante
te abrume el dolor.

PILAR.

Acaso
me juzga usted tan cobarde?
Le hablaré. Quizás mi acento

de su marasmo le saque.
Y si á la voz del cariño
no responde, si los ayes
de su patria asesinada,
no despierta su coraje;
si permanece insensible
y mudo como un cadáver,
ante la voz con que gritan
estas ruinas humeantes,
entónces es que no tiene
corazon el miserable,
entónces con mi desprecio
sabré...

CARMEN. Silencio! Aquí sale.

ESCENA X. IX

DICHAS , LUIS.

LUIS. Pilar! Tia!

(Dirigiéndose á ellas con efusion. Ambas le rechazan.)

CARMEN. (Rechazándole.) Qué has pensado?

Quiero avisarte no más
para que estés preparado;
que hoy por la noche amparado
de Zaragoza saldrás.

LUIS. (Su faz angustiada y fria
de horror y espanto me llena.)

PILAR. Solo ampararte podría
la noche, ménos sombría
que tu infamia y nuestra pena!

CARMEN. Dios, aunque no lo mereces,
dirija tu paso incierto;
peró cuida no tropieces
con los que lidiando han muerto
por la patria que escarneces.
Llenas están nuestras calles
de sus sangrientos despojos,
y es fácil, cuando los halles
que aunque tu conciencia acalles,
ella se asome á tus ojos.

Vete en paz, nada te digo.
En tu propio pensamiento
llevas tu mayor testigo,
porque siempre irá contigo
el tenaz remordimiento.
Vete en paz.

LUIS. Suerte menguada!
Pero es preciso! Mi amada,
mi dicha, todo lo inmolo:
Dios y yo sabemos solo
mi intencion noble y honrada.
De nadie justicia espero;
¡de nadie! Triste de mí!
ni de esta patria á quien quiero
más que á todo, ¡más que á tí (Á Pilar.)
que has sido mi amor primero!

PILAR. Amor tú! Nunca has tenido
amor!

LUIS. Tan empedernido
me juzga tu injusta saña,
que piensas que no he sentido
las desventuras de España?
Cuando los aires atruena
la ronca voz del cañon,
ese estrépito resuena,
como el rugir de una hiena,
dentro de mi corazon.
Ante el rumor iracundo
de la batalla bravía,
y el ¡ay! con que el moribundo
se despide en su agonía
de cuanto quiere en el mundo;
ante el cuadro que presenta
la guerra horrible y sangrienta,
de tal modo me sublevo,
¡ay! que parece que llevo
dentro de mí la tormenta.

PILAR. No, la torva tempestad
que tu corazon agita
no es el dolor, no es verdad;
es tu propia iniquidad
que te remuerde y te grita.

Buscarás, tal vez ufano,
lejos de aquí paz y calma,
y las buscarás en vano,
porque llevas el gusano
de tu delito en el alma.

LUIS.

Ay, Pilar!

PILAR.

Cuando apartado
de la tierra en que has nacido,
solo, triste y olvidado,
recuerdes el bien perdido
y la patria que has dejado;
y surja en tu fantasía
la memoria de tu hogar,
ántes lleno de alegría,
y el templo donde solía
llevarte tu madre á orar;
y la tumba en que reposa,
que no volverás á ver;
¡si este recuerdo te acosa,
qué vida tan dolorosa,
qué muerte vas á tener!
No habrá cuando en el despecho
de tu agonía taladres
con furor tu propio pecho,
quien rece al pie de tu lecho
en la lengua de tus padres;
se extinguirá la mirada
de tus pupilas enfermas,
solitaria, abandonada!...
¡Hasta la tierra en que duermas
ha de ser tierra prestada!

LUIS.

(Desesperado.)

No más, Dios santo, no más!

CARMEN.

Mira la dicha que pierdes.

LUIS.

Y no he de verte?

PILAR.

(Con resolucion.) Jamás!
Pienso que me ofenderás
cada vez que me recuerdes.
Déjanos en nuestra cuita!

LUIS.

Oh insensato fanatismo!
¿Vuestra conciencia no os grita
que España se precipita

ciega y loca en el abismo?

CARMEN. ¿Es tanta tu presuncion,
tan soberbia es tu arrogancia,
que quieres tener razon
contra toda la nacion
en lucha mortal con Francia?

LUIS. Si en esta contienda fiera
sólo el martirio la espera,
si no puede resistir,
¿qué hacer?

PILAR. Qué hacer? Sucumbir
sosteniendo su bandera. (Con energía.)

LUIS. Cuando sin acierto elige
la patria, poco la quiere
quien con el error transige.

CARMEN. Cuando la patria lo exige
no se discute, se muere.

LUIS. Vano y desastroso empeño.
(Oyese á lo lejos el estampido del cañon, que con-
tinuará oyéndose á intervalos hasta el final de la
escena diez y nueve.)

CARMEN. Oyes? El cañon retumba
otra vez!... (Fuera de lí.)

LUIS. Si esto es un sueño!

PILAR. (Con amargura.)
Vete, abandona la tumba
que nos prepara tu dueño.

CARMEN. Vete á ensalzar del tirano
las victoriosas campañas.

PILAR. Sí, vete á besar la mano
del matador de mi hermano.

CARMEN. Del hijo de mis entrañas!

LUIS. Oh! (Desesperado.)

CARMEN. Tienes franco el camino.
Vete á recibir el precio
del traidor y el asesino.

LUIS. Tia!...

CARMEN. Aparta! Te abomino. (Con ira.)

LUIS. Pilar...

PILAR. Qué horror! Te desprecio.

LUIS. (Desesperado.)

Ay, no puedo los latidos

de mi pecho sofocar,
ni reprimir mis gemidos.

(Mirando con efusion la imágen del escapulario.
Oyese á lo lejos la música de una rondalla que va
acercándose lentamente.)

¡Madre de los afligidos,
santa Virgen del Pilar!

Tú á quien acato y venero
con puro y filial cariño,
casto y celestial lucero
cuyo nombre es el primero
que me enseñaron de niño.

Tú que ves mis intenciones
y sabes que no merecen

tan duras acusaciones,
¡ay de mí! no me abandones,
hoy que todos me escarnecen.

¿No es verdad que vas conmigo,
y que el afán de evitar
la saña del enemigo,
no es digno de este castigo,
santa Virgen del Pilar?

(La ronda canta en este momento debajo de los
balcones la siguiente copla, alejándose despues tan
lentamente como se ha acercado.)

CANTO. *La Virgen del Pilar dice
que no quiere ser francesa,
que quiere ser capitana
de la tropa aragonesa.*

LUIS. Oh! Dios! ¿Qué cancion es esa? (Espantado.)
¿quiere el cielo que agonice
de dolor?...

PILAR. (Con ansiedad.) Cede en tu empresa!
La Virgen del Pilar dice
que no quiere ser francesa!
Con el vigoroso acento
de todo un pueblo te advierte.

LUIS. (Confundido.) ¡Helada mi sangre siento!...
Oh! No más! Sólo la muerte
pondrá fin á mi tormento.

(Entrando desvanecido en la habitacion donde ha
estado oculto.)

ESCENA XI. X

DOÑA CÁRMEN, PILAR. Anochece.

CARMEN. Huyó! Ya no hay salvacion,
hija mia, no nos ama!

PILAR. Pero llora, tal vez son
las lágrimas que derrama
lágrimas de redencion!

CARMEN. Quizá te engaña el deseo.

PILAR. Quién sabe!

CARMEN. Pronto saldrás
de tu error!

PILAR. Si no lo creo!

ESCENA XII. XI

DICHAS y COLÁS, con un velon que pone sobre la mesa. 7

COLAS. Santo Cristo de la Seo!

PILAR. Qué sucede?

CARMEN. Habla, Colás. (Impaciente.)

COLAS. No soy para estos belenes.

PILAR. Pero no ves que nos tienes
inquietas? Vamos á ver,
qué pasa?

COLAS. Que suben!

CARMEN. Quiénes!

COLAS. Otra! quiénes han de ser?
Los buenos! la gente neta
que va contra el señorito,
y que ya nada respeta.

PILAR. Ay, Dios!

COLAS. Cayó en el garlito, -
voy á buscar mi escopeta.

CARMEN. Vé, llama al amo en seguida.

COLAS. Malo es don Luis, y le quiero,
que es mi sangre agradecida.

PILAR. Van á matarle!...

COLAS. (Con calor.) Primero
han de arrancarme la vida.

CARMEN. No tardes, corre!

ESCENA XIII. XII

CÁRMEN, PILAR.

PILAR. Dios mio!
en tu clemencia confio!

CARMEN. Ya suben por la escalera.
¿Oyes?

PILAR. Grande es su extravío,
mas yo no quiero que muera!

ESCENA XIV. XIII

DOÑA CÁRMEN, PILAR. Por la puerta de entrada aparecen el SARGENTO QUIÑONES y un grupo de pueblo con armas y hachas encendidas, despues D. PABLO y COLÁS, armado de escopeta.

QUIÑ. (En la puerta y deteniendo al grupo.)
Silenco!... La gente quieta!...
Naide entre aquí por su bien,
ó en menos de un santiamen
vuelvo y le rompo la jeta.
Lo dicho, si hay algun guapo,
yo sabré tenerle á raya.

ARAG. 1.^o (Adelantándose.)
Otra! Es que nosotros...

QUIÑ. Vaya,
á que te largo un sopapo?

VOCES. Hay que registrar...

QUIÑ. No digo?
Pues si empiezo ¡voto á brios!...
Pa registrar bastan dos
que pueden entrar conmigo.

(Escogiendo á dos del pueblo, uno del ellos el Aragenés primero.)

Tú y tú, los demas ¡chiton!
que haiga en todos desceplina.

(Acercándose.)

Á la par de Dios, madrina.
Muy buenas noches, patron.

PABLO. Qué es esto?

- QUIÑ. Ná! ¿Qué ha de ser?
El pueblo que anda escamao
buscando al afrancesao...
- PABLO. Y yo qué tengo que ver?
Es razon para que así
la casa me escandalicen?
- QUIÑ. Cierto. Mas dicen que dicen,
que dicen que se entró aquí.
- ARAG. 1.º Es verdad.
- QUIÑ. (Amenazándole.) Que te santiguo!
calla!—Al pasar casualmente,
veo alborotá á la gente,
y la razon averiguo.
Vaya, dije en el portal,
me voy con la comitiva,
que van á asustarse arriba
si no ven gente formal.
Y aquí estoy: ¿usté me entiende?
- PABLO. Pero esto...
- QUIÑ. Ná, en dos minutos
se convencen estos brutos
de que en la casa no hay duende.
Y si tardan otros dos
en largarse y esto quiebra,
se va á enrear la ~~culebra~~; *hebra*
¡que se enrea, como hay Dios!
Conque á ver... (Á los dos aragoneses.)
- PILAR. (Vígen María!
le van á hallar!) (Espantada.)
- PABLO. (Con decision.) Un momento.
- CARMEN. (Llena de angustia.)
(Que no entren, señor sargento.
¡Soy su tia!)
- QUIÑ. Usté su tia!
(Mirando sorprendido á los dos aragoneses.)
Qué? sois sobrinos...
- PILAR. (Asustada.) (Piedad,
Dios santo.)
- PABLO. (Señor Quiñones,
en las malas ocasiones
se conoce la amistad.)
- QUIÑ. (Qué ocurre?)

- (Señalando con la vista el cuarto donde está Luis.)
(Allí está escondido.)
- QUIÑ. Quién? Él! (Con sorpresa.)
PABLO. (Es de mi familia,
y si usted no nos auxilia
y le encuentran!...)
- QUIÑ. (Entendido.)
Jamás en lances tan malos
me he visto... No sé qué hacer...
Ah! Brava idea! Empezar
con esta canalla á palos.
- PABLO. (Hombre no!) (Asustado.)
QUIÑ. (Qué, es mala treta?)
PABLO. (Hablandole al oido.)
(Hay un medio...)
- QUIÑ. (Convencido.) (Ah! ya se ve.)
ARAG. 1.º (Impaciente.)
Con que ¿vamos?
- QUIÑ. (Con seriedad.) Calle usted,
señor farol de retreta.
No hay más que echarlo á barato?
Vayamos con precaucion,
que este mozo es el raton
y vosotros sois el gato.
Por aquí sin meter ruido
le buscáis. Yo voy adentro
hecho un lobo... Uff, si lo encuentro!
(Señalando á los aragoneses una de las puertas laterales, entra por la que conduce al cuarto de Luis, y al pasar por cerca de D. Pablo le dice en voz baja.)
Patron, ya está usted servido!

ESCENA XV. XIV

DICHOS, ménos QUIÑONES, y los dos ARAGONESES.

- PILAR. Padre! (Con ansiedad.)
PABLO. Silencio, que están
mirando!...
- CARMEN. (Sobrecogida.) Pablo!
PABLO. (Traquilizándola.) Descuida.

CARMEN. Si no tiene más salida
que la ventana...

PABLO. Qué afán!

El sargento tiene honor
y en su prudencia confío.

PILAR. Si le encontrarán, Dios mio!
Temblando estoy de pavor!

ESCENA XVIII.

XV

DICHOS, QUIÑONES saliendo. Despues los dos ARAGONESES.

QUIÑ. Pues señor, que entre el que quiera.
Ni una mosca hay en el cuarto.
¡Fortuna tiene! le parto,
si llega á estar, la mollera.
(Á los aragoneses, que salen.)
Qué tal?

ARAG. 1.º Toica la casa
hemos recorrido, y ni esto.
(Haciendo señal de no haber hallado nada.)

QUIÑ. Pues ya estorbamos, el puesto
libre, que el tiempo pasa.

PABLO. No! (Deteniéndolos.)

CÁRMEN. Qué vas á hacer? (Asustada.)

PABLO. (Al grupo.) Entrad
todos. ¿Os parece justo
llevar la inquietud y el susto
á toda le vecindad?
Para qué teneis fusiles?
No hay en el campo franceses?
ó es que los aragoneses
se han trocado en alguaciles?
Tantos contra un hombre solo!
Esto es valor, voto al diablo?

ARAG. 1.º Tiene usted razon, don Pablo,
pero en fin!... (Yo me atortolo!...)
¿quién su cólera domina
si es un traidor?...

PABLO. ¡Que lo sea!
se le busca en la pelea,
pero no se le asesina.

(Rumores entre la gente.)

QUIÑ. No lo ois?

ARAG. 1.º Tiene razon.

Todo el mundo á la trinchera.

QUIÑ. Conque... media vuelta. ¡Juera!
y no tengamos funcion.

ESCENA XIX. XVI

DICHOS, ménos el grupo de ARAGONESES.

PABLO. Ya puede salir de aquí
sin riesgo.—Gracias, Quiñones.
Los honrados corazones
siempre proceden así.

CARMEN. Gracias. Nunca olvidaremos
lo que acaba usted de hacer.

PILAR. Nunca! (Con efusion.)

QUIÑ. Y se puede saber
á qué son tantos extremos?

PABLO. Pues si usted no le socorre
le hubieran muerto!

QUIÑ. (Sin entender bien.) Esto es gringo.
Miusté, patron, yo distingo
un pelo sobre una torre.
Si estoy abroncao.

PABLO. Por qué?

QUIÑ. Llego á esta casa mu sério,
y usted dice con misterio:
¡Allí está, sálvele usted!
Y usted por bajo añidía: (Á Doña Cármen.)
Que soy su tia!

CARMEN. En buen hora
lo dije!

QUIÑ. Sí? Pues señora,
cuénteselo usted á su tia,
que á mí naide me la da...
Vaya, que el camelo es flojo!
Entro, llamo, me desojo
buscando...

PABLO. Cómo? No está?
(Pilar entra precipitadamente en el cuarto.)

- QUIÑ. Qué! no señor.
- PABLO. Otra pues!
- CARMEN. Imposible! (Con sorpresa.)
- QUIÑ. Soy yo ciego?
Si tendré que hablar en griego
pa que me entiendan ustés?
- PABLO. Pero...
- PILAR. (Saliendo.) Ay, madre, se ha marchado.
Abierta está la ventana...
Mi esperanza ha sido vana.
¡Es un cobarde, un malvado!
Y yo le he podido amar!
Si tiene el alma más fria
que el hielo!
- CARMEN. (Abrazándola y llorando.) Pobre hija mia!
qué hacer?
- PILAR. Morir! (Con desaliento.)
- CARMEN. No! olvidar.
- QUIÑ. Vaya, á que me vuelven loco.
(Con sorpresa y viendo la tristeza de la familia.)
Ahora lloran! (Á Colás.)
Dí, Mambrú,
qué es esto? Lo entiendes tú?
- COLAS. Yo sí.
- QUIÑ. Sí? Pues yo tampoco.
- COLAS. (Con mal tono.) El que no sabe, pregunta.
- QUIÑ. Eso hago.

ESCENA XX. XVII

DICHOS, ménos COLÁS.

- PABLO. (El alma me parte
su dolor!...)
(Dirigiéndose á la puerta y mirando á su hija con
profunda pena.)
- CARMEN. Vas á marcharte!
- PABLO. Qué he de hacer? voy á la junta...

ESCENA XXI.

XVIII

DICHOS, CEREZO, agitado.

CEREZO. Pablo!

PABLO. Tú en esta ocasión!

CEREZO. Dame un abrazo en albricias,
pues vengo á darte noticias
que ensanchan el corazon.
Déjame tomar aliento. (Sentándose.)

PABLO. Por la Virgen del Pilar,
despacha... (Con ansiedad creciente.)

CEREZO. Quiero llorar,
que si no lloro reviento.

PABLO. Llora! Yo lloro tambien.
Pero dí, qué ha sucedido?

CEREZO. Que Castaños ha vencido
á Dupont junto á Bailen.
El general extranjero
se vió envuelto de tal modo,
que al fin se rindió, con todo
su ejército, prisionero.

PABLO. (Con fe y entusiasmo.)
Dios en esta santa guerra
nuestros pasos encamina.

QUIÑ. Viva Castaños! Madrina,
esto ha pasao en mi tierra:
Allí entre bailes y cañas
no se dan malos apaños!
¡Bien por el señor Castaños,
que larga tales castañas!

CEREZO. Hay más! Dicen que confuso
y asustado de esta lid,
ha salido de Madrid
casi huyendo el rey intruso.

PABLO. (Llorando.)
Ves? me mata la alegría!
De veras? no sé lo que hablo!
Oyes? (Á su mujer.)

CEREZO. Alégrate, Pablo!
Hay más! Hay más todavía!

Esto la sangre remoja!
Dios nuestras armas ensalza.

PABLO. Qué dices?

CEREZO. ¡Que el francés alza

el sitio de Zaragoza!

En su loca empresa ceja
vencido y escarmentado.

El campo en sangre bañado
y lleno de muertos deja.

Ya abandona para huir
las piezas de más calibre...

(Con entusiasmo.)

Señor, mi patria está libre!

Señor, ya puedo morir!

¿Qué más puede desear
mi vejez cansada y fria?

¡Ya tengo una tumba mia
donde poder descansar!

ESCENA XXII.

DICHOS, COLÁS entrando apresuradamente.

COLAS. Señor!

PABLO. Qué es esto, Colás?

COLAS. Loco estoy de regocijo.

Que don Martin...

CARMEN. Qué hay de mi hijo!

Responde!... (Agitado.)

PABLO. (Impaciente.) No acabarás!

PILAR. (Id.) Vamos, prosigue!

CEREZO. (Id.) Anda, dí!...

QUIÑ. (Id.) Hombre, suéltala!...

COLAS. (Confundido.) No acierto!...

Que el señorito no ha muerto!

PABLO. (Trastornado.)

¡No ha muerto!

COLAS. Y que ya está aquí!

CARMEN. Mi hijo!

PILAR. Mi hermano!

PABLO. (Dejándose caer desvanecido en una silla.)

Poder

de Dios! Estalla mi pecho.
Estoy al dolor tan hecho,
que me asesina el placer.

COLAS. Abandonar no ha querido
el campo, sin despedir
al francés.

CEREZO. Voy á morir
de gozo...

COLAS. Anduvo perdido...

PABLO. ¡Se me salta el corazon!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, MARTIN, LUIS detrás con una venda en la frente. Todos corren precipitadamente al lado de Martin: Luis entra en silencio sin que nadie repare en él, y se arrodilla á los piés de D. PABLO. Vuelve á oirse la música de la rondalla, que se acerca de nuevo.

CARMEN. Hijo! (Viendo entrar á Martin.)

MARTIN. Madre! Hermana mia?

Padre mio!

PABLO. Dios me envía
contigo su bendicion.
Vivo tú!

MARTIN. (Con sentimiento.) Gracias á Artés!

CARMEN. Y él? (Con ansiedad.)

MARTIN. (Con pena.) ¡Guardemos su memoria!

PABLO. ¡Téngalo Dios en su gloria,
que era buen aragonés!

MARTIN. (Señalando á Luis.)
Mire usted!

PABLO. (Sorprendido.) Oh!

MARTIN. (Con entusiasmo.) Es un valiente!

PILAR. Luis aquí!... (Con alegría.)

LUIS. (Á los piés de su tio.) Mi error confieso.

PABLO. Ven á mis brazos... Qué es eso?
Estás herido en la frente?

PILAR. (Corriendo á él.)
Herido!...

MARTIN. Así justifica
su acendrado patriotismo.

CARMEN. (Acudiendo á su lado con ternura.)

Luis del alma!

PABLO. Ese bautismo
de sangre te purifica.

(Con júbilo.)

Hola! iluminad la casa,
que hoy es día de contento.

LUIS. Sí, saludad el acento
de mi redencion que pasa.

(Descórrense las cortinas del balcón, y aparece la
vista de una calle de Zaragoza iluminada. Ruinas,
grupos de aragoneses y soldados al lado de las fo-
gatas, etc., etc)

PILAR. Es el canto del deber
que al sentimiento responde.

LUIS. (Con entusiasmo.)

Canto que me empuja!...

PILAR. (Con ansiedad.) Dónde?

LUIS. Dónde? á morir ó vencer.

Oh! cuando el yugo extranjero
sacuda España en pedazos,
vendré, si vivo, á tus brazos.

Espérame!

PILAR. (Con resolucion.) Aquí te espero!

LUIS. Con la fé de tu promesa,
voy al combate seguro.

PILAR. (Con solemnidad.)

Tuya ó de Dios! Te lo juro
POR LA JOTA ARAGONESA.

(Al terminar el acto, D. Pablo, Doña Carmen, Mar-
tin, Cerezo, Quiñones y Colás se agolpan al balcón:
óyese á lo lejos la siguiente copla cantada por la
ronda)

*Adios, puente de Tudela,
por debajo pasa el Ebro,
por encima los franceses,
que van al degolladero.*

FIN.

Habiendo examinado este drama en tres actos, que lleva por título La jota aragonesa, no encuentro inconveniente en que su representación sea autorizada.

Madrid 11 de Diciembre de 1866.

El censor interino,

LUIS FERNANDEZ GUERRA.

NOTA.

La música de la Rondalla que se canta en este drama, se vende en los mismos puntos que el libro á 4 reales.

Aumento al Catálogo de EL TEATRO de 1.º de Setiembre de 1873.

TÍTULOS. Actos. AUTORES. Prop. que corresponde

COMEDIAS Y DRAMAS.

que se hace de miel.....	1	Antonio Ramiro.....	Todo.
es Iræ.....	1	R. de Campoamor.....	»
estado de sitio.....	1	E. Zamora.....	»
matado al mandarín.....	1	E. Zumel.....	»
veu de la relicho.....	1	N. N.....	»
bres y ricos.....	1	E. Zamora.....	»
r dos millones.....	1	E. Zumel.....	»
r un descuido.....	1	E. Navarro.....	»
les cualis com camali.....	1	N. N.....	»
diputado de antaño.....	1	Pelayo del Castillo.....	»
doctor de seca.....	1	R. María Liern.....	»
grapat y prou.....	1	N. N.....	»
tio Cavila.....	2	E. Escalante.....	»
én es su madre.....	2	Joaquina Vera.....	»
predestinado.....	2	E. Zumel.....	»
procesion por dentro.....	3	E. Blasco.....	»

ZARZUELAS.

a Pompeyo en Carnaval.....	1	Amalfi y Arche.....	L. y M.
asistente Cepillo.....	1	Amalfi.....	Libro.
barbero de Rossini.....	1	Liern y Aceves.....	L. y M.
grande hombre de Canillejas.....	1	N. N.....	Música
maestro Fugatto.....	1	Lasso y Taboada.....	L. y M.
ultimo figurin.....	1	Puente y Brañas.....	Libro.
príncipe Lila.....	2	R. María Liern.....	Libro.
eatro en 1876.....	2	R. María Liern.....	Libro.
allina ciega.....	2	Fernandez Caballero.....	Música
mas II.....	2	R. María Liern.....	Libro.
viaje de mil demonios.....	3	P. y Brañas, Pastorfido y Santisteb.	Libro.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.

